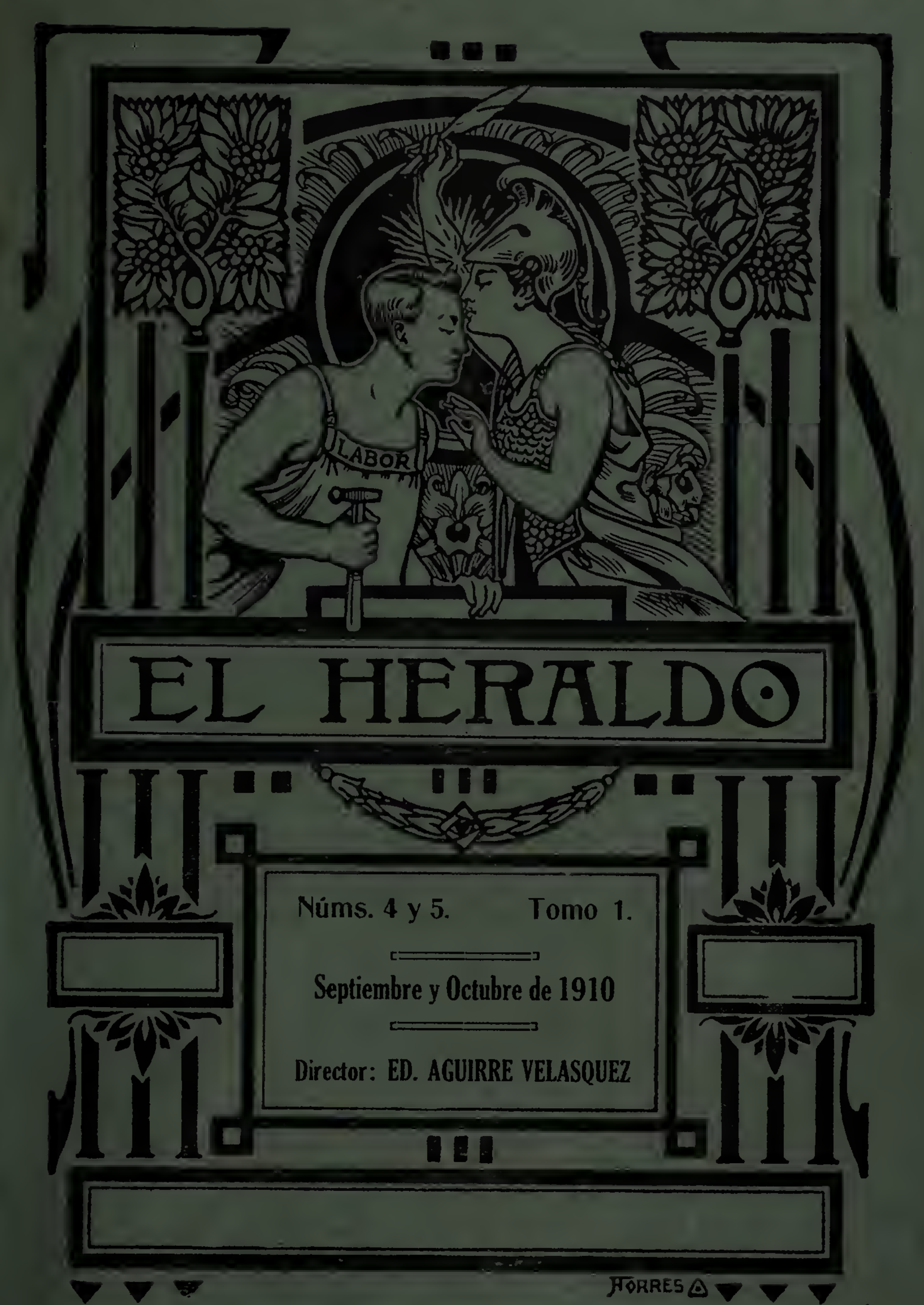
Lic. Salvador Falla
S. Sebastián Dueñas





Doña María Luisa Peña de Barrios

Los Cicerone
en la Antigua Guatemala

Al Doctor Ed. Aguirre Velásquez

Casi todos los viajeros que llegan á nuestra República, con el único objeto de pasear, lo primero que hacen es dirigirse á la capital, como única ciudad digna de ser visitada: pero en estando allí se les informa que existen otros lugares que merecen ser conocidos, indicándoles en primer término la Antigua, por su proximidad, buen camino, se puede ir en automóvil y luego, lo pintoresco del lugar, su clima excepcional, sus aguas tan puras, sus paseos naturales. Un poco triste es verdad, pero en eso está precisamente el mérito y el atractivo de la población.

Pudiera ser tan alegre como San Sebastián, por ejemplo en tiempo de la temporada balnearia, podría tener su buen teatro, su hipódromo, centros de enseñanza secundaria, observatorio, ferrocarril, etc.; pero la Antigua perdería entonces todo lo atrayente que posée: el silencio, la calma, la tranquilidad....cosas que se hermanan con lo que la caracteriza: sus ruinas.

Los viajeros se dejan seducir y emprenden el viaje.

Gentes innovadoras, sin apego á la tradición, han querido modernizar la ciudad y, en efecto, han hecho cuanto de su parte estaba; pero, á Dios gracias, no han podido.

Qué sería de la Antigua sin sus tesoros de los viejos tiempos?

Cómo podría conservar su nombre clásico si se reforma?

Quisieron que llegara el ferrocarril y con efecto, se puso la primera piedra, hubo el banquete de cajón y los discursos en que anunciaban que pronto se verían huir los buhos que anidan en las ruinas al oír el silbido de la locomotora y, acerca del silbido del vapor empleó el orador media hora. Para colmo *oh tempora!* se tenía destinada una iglesia para transformarla en estación.

Los trabajos iban á pedir de boca. Llegó el material, llegaron muchas piezas de maquinaria que, no bien fueron sacadas de sus embalajes se comenzaron á armar; pero.... aquello no se parecía á ningún ferrocarril, qué iba á parecer? Resultó una maquinaria de carpintería. Pero no desmayaron los reformistas: querían á todo costo una caldera de vapor....con su pito y, llegó.

Cómo debía quedar burlado el orador y.... los buhos que tal vez estaban ya prevenidos?

Y, luego, el banquete de la primera piedra, no era lógico que trajera el de la inauguración?

Sin embargo no hubo tal.

Despechados esta vez, consumaron la profanación del templo y, se instaló la maquinaria ahí donde oficiaban los RR. PP. Capuchinos y, hasta el día retumba la nave sagrada con el ruido del taller y el silbido del vapor, allí donde solo la voz de fray Esteban había hecho vibrar los cristales de las ventanas con sus patéticos sermones describiendo el infierno.

Y nó otra vez los mismos reformadores fundaron una Escuela Normal é Instituto de CC. y LL. en el propio convento que ocuparon los RR. PP. jesuitas?

Y qué más monstruoso que transformar en teatro una capilla católica? Vense representar en el escenario improvisado, en el mismo lugar que ocupara el altar mayor, comedias, zarzuelas del siglo; vense allí transformistas, prestidigitadores que, en menos que se gasta un peso se convierten en mujeres ó transforman el agua en vino, allí donde solo una suerte de magia se representaba: la transformación del vino en sangre y el pan sin levadura en cuerpo de carne y hueso; pero sin alarde, sin charlatanería, sin que el público se impresionara y, no por eso el hecho era menos cierto, efectivo, innegable. Una joven de quince años fué llamada por uno de esos magos: la aconsejó á sólas, la dió á tragar un pan ya transformado y, á las 36 semanas.... No están llenas las crónicas de hechos y proezas semejantes?

Y, por último, no hemos visto á la misma gente descomunal llegar con su afán, terco hasta lo indecible hasta introducir en la Antigua una asociación cuyo solo nombre hace temblar y que no se pronuncia allí, sino en voz baja y teniendo en la mano un ramo bendito de San Pedro Martir? La Logia Masónica.

Una Logia en la Antigua! Habrase visto.

Dicen, sin embargo, que en Roma está cerca, muy cerca del Vaticano el Gran Oriente. Pero eso *dicen*. Quién de los antigüeños puede decir: yo lo he visto?

Los antigüeños ilustrados que han viajado se pueden contar con los dedos, con solo los de una mano....sin pulgar, ni índice y, tal vez sobre. Luego, al decir ilustrados, se suponen contaminados con las doctrinas del reformismo. Son parte interesada. Otros han dado su vuelta por Europa; pero nada dicen sobre el particular, ni sobre nada: á no ser cosas así como que la torre Eiffel es muy alta, mucho, mucho, pero no tanto como el volcán de Agua, que Nuestra Señora es un iglesión como catorce veces la Merced y, luego enseñan como novedad un almanaque, un catálogo de automóviles y otro de cinematógrafos....

En fin, el Taller, como dicen los de la sociedad secreta que usa herramienta de albañilería —según un diccionario—se fundó al comenzar el siglo y, luego....el mismo resultado de las intentonas anteriores. Los *mandiludos* se dispersaron. La dispersión de los judíos.

Y mejor. Así la Antigua será propiamente antigua. Quitarle sus costumbres equivaldría á suprimirle sus volcanes, sus ruinas, es decir: sus atractivos, su poesía: es decir: anularla.

Si decimos Antigua, debe ser antigua en todo, hasta en lo moderno.

Hay muebles antiguos construidos en talleres modernos. Se trata de no perder la costumbre. Tenemos un ejemplo que debe seguirse. La casa que ocupa actualmente el Colegio Antigüeño es construida de ayer, pero al estilo antiguo: como en el lugar en donde se edificó no había ninguna ruina, pues, se construyó una que simula un castillo abandonado de sus señores, con sus grietas, su hiedra, su musgo, su leyenda....

Suponer una Antigua moderna es un contrasentido. Es muy bien dicho el París antiguo, el París moderno: pero al decir la Antigua antigua y la Antigua moderna protestaría la lógica gramatical.

Llegamos, pues, á la conclusión de que, el statu quo de la antigua ciudad, lo impone el diccionario de la lengua.

Si la Academia hiciera alguna concesión para la inteligencia de la palabra "antigua" en la Antigua....Tal vez así....

***

El viajero que se decide por conocer la ciudad legendaria, llega por admirar su panorama, por tomar los baños, por visitar sus ruinas que, más atractivo tienen desde que la fotografía y la tarjeta postal las han divulgado tan profusamente. Hay que seguir un orden para esa visita y, necesariamente, hay que buscar un *cicerone*. Y aquí comienza el verdadero objeto de estas líneas, de manera que, dese por no escrito el rodeo anterior.

Los que aceptan hacer el servicio no son pocos, previa una recompensa monetaria que está en razón directa con el grado de erudición de que hacen gala. Por cinco pesos dicen los nombres de los lugares y uno que otro detalle: pero por diez cuentan en cada ruina la historia de los Nazarenos y todas las descritas en las novelas de Milla, mezclan pasajes de Los Misterios de la Inquisición, de las Catacumbas de Roma, etc., etc., sobre todo si el visitante es extranjero, mejor aún si además es inglés, porque estos son los más crédulos y dan buena propina, van provistos de buena cámara fotográfica. El *cicerone* en una sacristía de San Francisco le hace relación de que allí iban á asesinar al Abate Faria cuando era novio de doña Beatriz de la Cueva en tiempo del rey Felipe. El inglés toma la vista del histórico lugar y apunta en su libro de memorias la embustería de su guía.

Un cónsul inglés, porque solo á los ingleses le pasan esas cosas, cargó hasta su tierra con un trozo de madera primorosamente labrado que encontró en la Catedral y, que era un fragmento de la silla en donde se sentaba el jefe de los "Lucíos" cuando asistía á los oficios el jueves santo para sacar la llave." Así, con esta leyenda, dicen que está expuesto en un museo británico.

Un amigo mío vió en Londres, en casa de un lord—él crée que era lord porque gastaba mucho lujo—una colección de vistas muy completa de las ruinas antigüeñas con sus respectivas leyendas.

Representaba una la bóveda circular del convento de Capuchinas, tomada con luz de magnecio; decía: "Lugar en donde el gran inquisidor Fray Bartolomé de las Casas colgaba las monjas que confesaban haber sentido extremecimiento al ver un hombre profano."

Otra decía: Aquí comulgaba á las 3 de la mañana Tata Lapo el día de San Serapio para no ser visto de los masones. Iglesia de los Remedios."

La hermosa vista de San Francisco tenía esta otra leyenda: "El obispo Marroquín puso aquí una clandestina de aguardiente y, más tarde fueron sus bóvedas refugio de los próceres (?), últimamente fué donde los liberales molieron ladrillos para cambiar con su polvo la pólvora de las armas de Cerna."

Semejantes despropósitos tal vez hasta habrán sido publicados en periódicos de allá.

Ni la "Guía del Viajero" publicada por el señor Castañeda podrá evitar que se siga explotando la credulidad de los viajeros, porque no es posible detallar en un libro de su género hasta saciar la curiosidad del extranjero. Antes al contrario, ella despierta más interés por visitar la antigua capital y tendrán más oportunidades los *cicerone* de lucir su erudición.

Por otra parte, puesto que hay ruinas, debe haber *cicerones*, y mejor si son embusteros. Sus mentiras completan la poesía del lugar. No están llenas de relatos parecidos las memorias de los viajeros?

José Antonio Mena O.

Septiembre 1910.

NOCHE DE DIFUNTOS

TRADICIONES DE MI TIERRA

Había anochecido nublado. Ultimos resabios de la estación lluviosa, parecían venir en ayuda de los habitantes para llorar con ellos en aquel día de Todos los Santos, el aniversario de los fieles difuntos, para quienes eran en la hora de las ocho de la noche las preces de los buenos y timoratos antigüeños.

Las campanas tañian quejumbrosas lanzando al espacio sus lúgubres lamentos: era un ruido espeluznante el fúnebre clamor de las campanas!

El "Funeral" había recorrido las calles de la Ciudad, acaparando oraciones y dinero: dados ambos al feo cosquilleo aquel de: acordaos que podéis moriros hoy! Suficiente motivo para que muchos mortales diesen lo que tenían y aun lo que no tenían.

Silencio de tumbas reinaba en lo absoluto: aún los "serenos" sentían pavor al lanzar sus gritos de cuarto en cuarto de hora: bien pudiera ser que se convirtiesen en evocaciones de las almas que en vida fueron, y que en aquella noche andarían vagando por las calles, de la que un tiempo fuera populosa Capital del Reino de Guatemala. Así, pues, que, medrosos y friolentos, arrebujados en sus grandes capotes dormían con un ojo, en fuerza de la costumbre, en tanto que el otro procuraba penetrar en las tinieblas de aquella noche funeral, amparados en los huecos de las puertas.

Y como si no fuera motivo suficiente para no salir á la calle, la seguridad de que los difuntos transitaban por ella, corría un vientecillo helado capaz de traerle al osado que se atreviera á transitarlas, un *dolor de yegua* ó el *rempujón*.

Que en el mundo hay hombres que descuellan por su atrevimiento ó valor moral, lo demostró aquella noche uno de los guardianes nocturnos que rezagado se había en la calle que de la Plaza Mayor va al Cementerio: como quien no dice nada, en el foco de los difuntos, la calle recta que ellos tomarían para llegar á la Ciudad!

Serían las once de la noche y aquel "sereno" regresaba del Cementerio de su segunda ronda de precepto.

No las traía todas consigo el buen guardián: á cada momeuto volvía la vista atrás, temeroso de que los difuntos hubiesen tenido la humorada de seguirlo, y ante esta idea que lo hacía temblar, apresuraba el paso para llegar cuanto antes á donde, de seguro, estaban reunidos sus compañeros. "Pero el hombre propone y Dios dispone."

En el silencio de la noche, de pronto se dejaron oír los precipitados pasos de alguien que se acercaba: rápidamente vuelve la vista atrás el "sereno" y abriendo tamaños ojos procura distinguir á la persona que los produce. La obscuridad era casi completa, pero como quien permanece largo tiempo en ella, alcanza á ver algo, nuestro héroe, que de tal podemos conceptuarlo, distingue á una mujer enlutada que avanza con paso ligero, como de cabro, hacia él. En aquellos buenos tiempos los ciudadanos que servían esos importantísimos cargos, eran personas honradas y de buenas maneras, convencidas del deber caballeresco de acompañar á las señoras que por cualquier motivo de urgencia tuviesen necesidad de salir á la calle de noche. Así pues que el atrevido guardian, haciendo un buen esfuerzo y la señal de la cruz en la mano que le dejara libre su enorme lanza, se dirige á la que él creía mandadera, y le dice: ¿á dónde va Ud. señora tan deprisa? Ninguna contestación recibe: quizá el tono de la pregunta no fué lo suficientemente fuerte para hacerse oír y la repite de nuevo. No obtiene respuesta: de seguro es sorda la tal callejera, necesario es pues gritarle; y acercándose á ella la tira del pañolón en que iba embozada y le repite ¿á dónde va Ud. señora tan deprisa? por toda respuesta recibe en su propia cara el hálito frío de un esqueleto cuya calavera le castañetea, de manera horrible y le lanza un silbido raro, de esos que ponen de punta el cabello más *acolochado*.

El guardián ya no supo más: cayó pesadamente privado de sentido y habría permanecido allí toda la noche, si al relevo de la ronda, sus compañeros no hubieran notado su ausencia y en grupo lo hubieran buscado. Tendido cuan largo era y frente á los muros del ruinoso templo de San Agustín, estaba el pobre "sereno" privado de conocimiento y tan frío como el hielo.

Inmediatamente fué llevado á la Gendarmería, donde después de solícitos cuidados volvió en sí, y pudo repetir lo acontecido.

Un miedo cerval invadió á los oyentes: y desde entonces la calle del Cementerio á las primeras horas de la noche se vé desierta, con gran contentamiento de los difuntos que libremente salen de noche á dar sus paseítos por aquellos lugares, sin temor á las preguntas indiscretas de los guardianes del orden público.

J. F. Juárez Muñoz.

Antigua Guatemala, Septiembre de 1910.



Ensueño Realizado

En las inmediaciones de la hermosa Ciudad de San Francisco, metrópoli del Oeste de la Unión Americana, se alzan las verjas y circundan un amplio edificio, embellecido por un extenso jardín, con sus arriates, cuajados de flores y de arbustos; en el fondo del jardín se admiraba un pequeño lago artificial, bordado de juncos y de otras plantas acuáticas.

Por las enarenadas calles del jardín, paseaban las educandas; unas como los pajarillos que cantaban en la copa de los árboles quisieran tender el vuelo; cruzar tierras lejanas; otras charlaban alegremente de las travesuras hechas y por hacer; algunas quizá pensaban con íntimo cariño en el hogar distante; alguna tal vez dejaba penetrar sus pensamientos en las regiones inexploradas del ensueño que la acariciaba delicadamente como si su frente se rizase con el ala sedeña de un querube! Quién puede saber todos los pensamientos que se agitan en esas gentiles cabecitas? pero es indudable que en todas palpita como lampos de luz fosforescente, la esperanza y la ilusión! Otras niñas las más pequeñas jugaban con toda la bulliciosa alegría de su edad.

Cerca del lago, sentada en un banco rústico estaba una joven, casi una niña: tenía en su rostro ese encanto ideal que como una luz fugitiva ilumina el rostro de la adolescencia; su tez de blancura mate resaltaba por el contraste de sus obscuros cabellos, de sus finas cejas arqueadas y de sus ojos negros, velados por largas y vueltas pestañas, la nariz recta, boca pequeña y barbilla redondeada; su frente pensativa parecía inclinarse bajo el peso de una edad abrumadora, tal vez por tristes recuerdos porque suspiraba.

Es una huérfana: pasó sus primeros años en un orfanatorio y debido á su precoz talento y á su aplicación, la superiora le había obtenido una plaza de gracia, en aristocrático colegio. Este sagrado asilo de su inocencia le era muy querido; pero ay! en él no recordaba haber sentido sobre su frente, el calor de un beso maternal!

.... ¿Como sería la madre adorada de sus ensueños? Por qué circunstancias la habría abandonado? Viviría en lejana tierra ó talvez habría muerto? á los ojos de la niña se asomaban furtivas lágrimas, este constante padecimiento había palidecido su frente, esas reflexiones tempranas en que se abismaba le daban un aire de melancolía y de dulzura que añadía un nuevo encanto á su belleza. De imaginación ardiente y soñadora se imaginaba ser la heroína de los cuentos de hadas que había leído y que de pronto su vida monótona y triste cambiaría y vendría á buscarla una dama, una dama muy bella tendría que ser, la que la estrecharía enternecida entre sus brazos y la indemnizaría de los años pasados en la orfandad. ¡Cuantos besos le daría sobre los ojos para que nunca se olvidara y ella con efusión la estrecharía llamándola madre, madre mía! y en ese constante ensueño pasaban las horas de la niña.

Cuando alguien la buscaba salía emocionada, le palpitaba el corazón con violencia y al regresar se sentía más triste porque nunca calentaba su frente un beso maternal!

Un día se sintió muy enferma; la calentura devoraba su cuerpo y el delirio su cerebro. ¡Oh madre mía! aquí estoy decía tendiendo los brazos como en éxtasis: déjame que bese tus cabellos, tienen un aroma tan grato: verdad que ya nunca nos separaríamos! viviré siempre contigo! y sus ojos de dilatadas pupilas parecían ver una imagen que se esfumaba en la distancia y ansiosa quería verla, asirla si posible fuera....y extendía sus brazos blancos y torneados dignos en verdad de estrechar un sér amado!

La muerte, la pálida consoladora, extendía sus alas como un soplo glacial en torno de su lecho y con ser tan fría y estar tan acostumbrada al dolor, se conmovió ante el hondo sufrimiento de aquel sér tan puro y se alejó....

Cuando el doctor vino á verla encontró marcada mejoría y pocos días después iniciada la convalecencia pudo bajar al jardín. Los pájaros entonaban sus más dulces trinos como para saludarla; las flores deshojaban sus pétalos sedeños sobre su cabeza como para acariciarla y ella sonreía gozosa, recordando lo que vió en su delirio.

Una tarde la llamaron al salón de visitas: se dirigió apresuradamente y esta vez no la engañó el deseo, los brazos amantes de su madre se abrieron para estrecharla cariñosamente y y sus labios dejaron una corona de cálidos besos en la pálida frente de la niña. Elsie fué feliz!

NATALIA GÓRRIZ V. DE MORALES.

Septiembre, 20 de 1910.

Adrián Recinos — MENTALIDAD GUATEMALTECA — José Rodríguez Cerna

En el mundo hay una mano oculta y formidable que escribe sobre la tumba de los tímidos: *Aquí no yace nadie*. El que quiere llegar á ser inmortal, tiene que vivir la vida de San Francisco ó la vida de Nerón. Entre el polo del espíritu y el polo de la carne, solo existe una llanura inmensa y lamentable que se llama Olvido. Esto escribe Enrique Gómez Carrillo, después de leer una página ibserniana, de esas que se apoderan del espíritu para dirigirlo victoriosamente.

Cuando se tiene la juventud de Adrián Recinos y de José Rodríguez Cerna, y un talento fresco como ellos lo tienen, es necesario huir de esa inscripción y de esa llanura inmensa y lamentable.

El arte no florece sino en los cerebros jóvenes; las almas nuevas como las abejas buscan la miel en las flores de la mañana. Recordad que el viejo griego, el poeta excelso, bañaba su vejez en los más finos perfumes, y entonces trae su juventud por manera mágica en un hexámetro que ha llegado hasta nosotros, florecido como un jardín, para no citar sino la frase de Eugenio de Castro.

Rodríguez Cerna y Recinos saben la época que viven y el minuto que expira: tienen la clara y precisa visión de que la vida huye entre las risas de los unos y la mueca trágica de los otros, y que, lo único que queda, después de tanto bregar, es la estela de los que trabajan con las ideas y con las palabras, nada más.

Yo veo en Cerna y Recinos, un espíritu de hoy: una tendencia y un amor entrañable á la naturaleza: una delicada visión del Arte; en fin, una inclinación hacia la belleza, que adoran como la fuente de donde emanan las cosas eternas.

En un ambiente donde el jesuitismo ha maleado muchos espíritus y oscurecido talentos legítimos crecen el de Recinos y el de Cerna, con una promesa halagadora, cuya cornucopia se espera llena de gemas y de rosas, cuando sus espíritus hayan exprimido todo el licor sagrado de sus almas.

Hablar de escuelas literarias en esta época, es absurdo. El individualismo ha soltado todos sus vientos, de tal modo que las monarquías literarias con sus reyes y emperadores han pasado á mejor vida, como se expresan los retóricos, esos "conejos de la literatura."

Antaño solamente podían crecer plantas románticas, parnasianas ó simbólicas, según la fiebre reinante; hoy, en todas las zonas, cada cual cultiva su "yo" á su manera, y así vemos que en cada país, desfilan, aisladamente las corrientes del pensamiento humano, viviendo perennemente aquellas que llevan en si un caudal de suma belleza.

A este propósito dice Manuel Bueno, que los que pretenden encerrar el curso caudaloso de la vida entre las endebles márgenes de una doctrina cualquiera, la condenarán: por otra parte, afirma don Ramón de Campoamor, que solamente las piedras del arroyo pueden tener principios inmutables.

La proclamación del "Arte libre" que ha roto los antiguos moldes en que las ideas eran vaciadas, no se ha detenido en su marcha gloriosa; la juventud va con sus banderas desplegadas hacia todos los vientos del espíritu, y hoy más que nunca se oye la salutación portentosa de Longfellow: excelsior!

Rodríguez Cerna y Recinos, se han despedido del cretinismo español y pueden decir, parodiando al autor del Teatro español contemporáneo, que este no ha sembrado una sola flor en el jardín de sus almas.

Recinos escribe versos. Siente en su sangre el cordaje de la lira de Verlaine, y su musa asciende entre los gritos torturadores y amables de una orgía sabia, de luz y de esplendor. El oirá las cuarenta mil campanas de una ideal Jerusalén, según el alto decir del gran Lugones.

Rodríguez Cerna, escribe una prosa rica, olorosa á incienso ó á mirra ó á una planta enigmática de la India: hay en su pluma la fastuosidad oriental de la paleta de Benjamín Constant ó el color de un lienzo de Mariano Fortuny, á veces es triste como la desolación de un otoño de Raurich, y otras, es sencillo y delicado como esta frase de Henri de Regnier: el flujo del mar ha borrado esta noche el misterio de los pasos en la arena de las playas.

S. MARTÍNEZ FIGUEROA.

Guatemala.

Este artículo lo he escrito con motivo de una pregunta que se me hizo á mi llegada á este país hermano; escribiré otros más en los cuales expresaré lo que pienso de los escritores y poetas de Guatemala.

RESEÑA HISTORICA

de los sistemas propuestos para explicar el origen de los terremotos.

Segunda Parte: Edad Media.

La Edad Media, por las causas antes citadas no dejó nada digno de recordarse; los escolásticos y otros sabios se concretaron á ampliar los trabajos de Aristóteles.

Favaro reproduce en 1282, un documento astrológico, del siglo XI extraído de un manuscrito griego de la biblioteca Laurentina: cita las posiciones, favorables ó desfavorables, de los planetas para la producción de los temblores y relata, para confirmar su dicho, casos más ó menos auténticos de predicciones que, según él, se han realizado.

En el siglo XIII, Ristore de Arrezo escribe: "Hemos visto y sentido salir el viento de la tierra." Froidmont todavía, en 1646, aprueba sin reserva las teorías de Aristóteles.

Dominando la astrología, en aquella época, los demás conocimientos de la humanidad, da lugar á que aparezcan teorías fantásticas, de entre las cuales emergen, rara vez, ideas más precisas y más racionales, pronto olvidadas por ser demasiado prematuras.

Tercera Parte: Tiempos Modernos.

Como se verá por lo que sigue tiene razón Montessuss de Ballore (de quien hemos tomado muchos de los datos que preceden,) al decir que, de seismología, como de muchas otras ciencias, se encuentran, de cuando en cuando, en los escritos de los antiguos, intuiciones geniales que han quedado estériles durante varios siglos y que, sin embargo, contienen en germen las concepciones científicas modernas, por lo general únicamente basadas en la observación.

La verdadera edad de oro de la seismología es la época que separa el renacimiento, del siglo XIX, se descartan todas las ideas antiguas, y debido al adelanto de la física, de la química y de la geología, cada una de estas ciencias sirve de base para la construcción de nuevas teorías ó, por lo menos, al unirlas se trata de deducir las leyes que rigen la dependencia de las conmociones séismicas de algún otro fenómeno natural. La mayor parte de estas teorías se funda en algún fenómeno cosmogénico ó metereológico. Se emiten, durante todo este período, hipótesis arriesgadas: entre tanto la observación hace tímidamente valer sus derechos, pero, todavía imprudente, deduce leyes de coincideucias más ó menos lejanas y poco numerosas.

Hacia 1750 aparece la teoría eléctrica según la cual los temblores se deben á la electricidad telúrica; Stuckley es su principal apóstol, pero nunca llegó hasta proponer, como más tarde lo hicieron los que siguieron sus huellas, que se facilitase la salida del fluido eléctrico del suelo para que, suprimida de este modo la causa, se evitaran los efectos desastrosos que produce. Para lograrlo se recomendó construir las habitaciones en forma de pirámides, porque las puntas y aristas son propicias para el escape de la electricidad, y además se aconsejó la construcción de pozos provistos de barras metálicas.

El resultado de esta hipótesis fué la redacción de verdaderos catálogos que, sin contener, por lo general, teoría alguna, citan los fenómenos eléctricos y magnéticos registrados más ó menos al mismo tiempo, y en el mismo lugar donde se han sentido conmociones séismicas.

Basados en esta teoría admitida, todavía con ciertas reformas, se han construido varios aparatos anunciadores, de los cuales el más interesante y más reciente es el del padre Maccioni, cuyos resultados experimentales publicó, en Siena en 1909. Ha llegado, por el estudio de la diferencia de rapidez de la onda electro-magnética y de la onda séismica, á lograr que el aparato que construyó anuncie, cuatro minutos antes, la producción de un temblor, cuyo epicentro se encontraba á 24 kilómetros, del punto donde él observaba.

Hacia la misma época, por los estudios que se hicieron para determinar la densidad de la tierra y el estado de la materia en su interior, se llegó á dos hipótesis: la fluidez del núcleo, ó un núcleo central sólido separado de la capa externa por una masa en fusión en esta concepción de la estructura del globo terráqueo se basó la teoría química ó explosiva, que considera los fenómenos volcánicos y séismicos como indisolublemente unidos. Ciertas experiencias de laboratorio parecieron dar un fundamento seguro á la correlación estrecha de las acciones químicas, volcánicas y séismicas en el interior de la tierra. Para sentarla como absolutamente demostrada por la práctica, los partidarios de esta teoría, publicaron listas de las erupciones y de los temblo-

res simultáneos, pero hicieron omisión de todos los casos que les eran contradictorios.

Boussingault, en 1835, durante un viaje que hizo á la América del Sur, pudo observar que por lo menos, á la región de los Andes no le era aplicable la teoría química: desde esa época fué partidario de la teoría de hundimientos ó derrumbes; y expuso su modo de comprender los fenómenos séismicos, al cual no se le dió mayor importancia, hasta que numerosas observaciones demostraron que no existe, por lo general, relación entre los dos fenómenos aunque procedan de la misma causa.

Ciertos partidarios de la teoría química, llevaron la inconsecuencia, hasta admitir que se debían considerar los volcanes como válvulas de seguridad de la tierra, comparación que les es contraria porque al admitirla, admiten implícitamente que los dos fenómenos volcánico y séismico no son simultáneos ni correlativos.

Naumann, en 1850, dividió los temblores en volcánicos y plutónicos y dió con ello lugar á largas discuciones entre los geólogos, divididos ya en neptunianos y plutónicos, respecto á sus opiniones del origen de la tierra.

Humboldt considera como causa de los temblores y de las erupciones, la reacción del interior de la tierra contra la capa exterior; cerca de las bocas volcánicas predomina, en su concepto, el proceso químico, lejos de ellas las acciones puramente mecánicas.

Mallet da como explicación las fusiones locales de las capas de la costra terrestre por medio del alza de la temperatura producida por la transformación de la energía mecánica en calor, bajo el influjo de fuertes presiones. Esto lo confirman las materias arrojadas por los volcanes y la temperatura á que las mismas se encuentran. Se le objetó, con razón, que la fusión una vez realizada, ya no se reproducirían las presiones y por consiguiente la temperatura necesaria para la fusión de las rocas.

Elihu Thomson considera, también, el calor volcánico como originado por la transformación del trabajo de compresión en calor. Para evitar las observaciones que se le hicieron á Mallet, supone que las materias en fusión caminan por las grietas internas de la costra terráquea; llega por consiguiente, por otro camino, á la misma deducción que los que consideran los temblores y erupciones como siendo el patrimonio de las regiones que atraviesan las líneas de inflexión de la superficie de la tierra.

Poco á poco, debido á la observación más cuidadosa de los fenómenos, hubo que eliminar la hipótesis de correlación entre los fenómenos volcánicos y séismicos, por no poder ser admitida como exacta para ciertos países donde tiembla y donde, sin embargo, no hay volcanes, ó si existen, son de épocas geológicas tan antiguas, que ya no pueden tener efecto alguno. Volger trabajó durante largos años para determinar la causa de los temblores de Suiza y llegó á la conclusión de que eran debidos á hundimientos de trozos interiores de la costra terrestre.

Queriendo descartar por completo la teoría química, se llegó, como en otros casos anteriores semejantes, á exageraciones: Pilar negó las erociones internas y supuso el globo terráqueo dividido en compartimientos, limitados por grietas, compartimientos que nadan sobre una masa fluida. Cada vez que el equilibrio, en que se encuentran los blocs y la masa fluida se perturba, los blocs suben ó bajan, según que las dislocaciones que los limitan convergen hacia abajo ó hacia arriba: de ahí las vibraciones de la costra terrestre.

Si se admitiera como exacta esta teoría, los países cuyo suelo está cruzado por numerosas grietas, serían los más amenazados por los seismos: sin embargo no es así: observaciones hechas á este respecto han demostrado que ésto sólo no basta, sino que además, es de toda necesidad que el suelo sea muy quebrado ó muy recortado.

Reformas y concesiones hechas por los partidarios de ambas teorías, química y de hundimiento, tuvieron como resultado una nueva concepción, propuesta por de Rossi, y que ha sido durante largos años la base de la escuela seismológica italiana.

Esta teoría es sencillamente la adaptación á los conocimientos científicos actuales, de la creencia que tenían los antiguos griegos en la intervención del agua para la producción de las erupciones: concepción racional, para ellos que no conocían del mundo más que las márgenes del Mediterráneo: se tuvo como confirmación de esta teoría la proximidad de los volcanes del Pacífico al mar, ilusión que se puede tener al examinar un Mapa-Mundi, pero que desaparece si se efectúan las medidas y los cálculos que dan á conocer lo mucho que distan del Océano (cientos de kilómetros.) Además existen regiones, en China y en el Tibet, lejanas de las orillas del mar, y donde sin embargo tiembla. Difícil es, sobre todo, comprender cómo podrían llegar las aguas penetrando por las grietas y fracturas de la tierra hasta ponerse en contacto con el hipotético núcleo fluído, puesto que, mucho antes de llegar á tales profundidades, se encontrarían evaporadas por la temperatura que aumenta, como está demostrado, en razón directa de la profundidad.

Estanislao Meunier, supone que el agua la acarrean las rocas que se desprenden de la costra terrestre; caen en zonas de temperatura muy elevada y de ahí se produce una evaporación inmediata del agua de cristalización.

De Rossi y sus partidarios admiten, sin embargo, la preponderancia de las fracturas del suelo en la propagación de los temblores, pero sólo las hacen intervenir como conductoras del movimiento séismico.

Nos queda únicamente por exponer la teoría téctonica ó geológica debida á Suess, cuya base es la relación íntima que existe entre la superficie del suelo, la edad del surgimiento de sus montañas y su grado de estabilidad.

Ante todo, daremos ciertas nociones del modo como se propaga la onda séismica; si la tierra fuese una materia homogénea, al producirse un desequilibrio en un punto del interior, llamado hipocentro, este se proyectaría en la dirección de la vertical, en un punto de la superficie, llamado epicentro, de donde se propagaría la conmoción en ondas semejantes á las que se producen al arrojar una piedra en el agua. Por consiguiente el sacudimiento séismico sería de igual intensidad en puntos equidistantes del epicentro, no siendo homogénea la tierra y estando además cruzada por numerosas grietas, las curvas de igual intensidad son de forma caprichosa en vez de ser circulares; además, así como existen materias buenas y malas conductoras de las ondas sonoras, calóricas y eléctricas, etc., así también existen rocas que son buenas ó malas conductoras de las ondas séismicas.

Por lo general, el epicentro no es un punto matemático, sino cierta superficie, en la cual se ha hecho sentir el temblor en su mayor intensidad; para lograr la determinación del epicentro, hay, sin embargo, que considerarlo como un punto matemático, porque aún con estas restricciones se llega ya á ecuaciones tan complicadas como las de la mecánica celeste.

La noción del epicentro ha sido el origen de la seismología moderna; desde hace algunos años se abandona esta concepción, ya sólo válida para movimientos de la costra terrestre producidos por explosiones volcánicas ó hundimientos, y se le sustituye la concepción de movimientos realizados en conjunto por los trozos de la corteza terrestre.

Se considera que el fenómeno séismico es una perturbación de origen tectónico, debido á toda una clave más ó menos extensa de la costra del globo; la sencillez primitiva del movimiento desaparece, y hay que tomar en cuenta todos los fenómenos que de él se derivan, muchos de ellos ya de suyo complicados.

Difícil parece, en estas condiciones, concebir nuevas teorías físicas, dadas las grandes extensiones de la tierra, que el sacudimiento afecta simultáneamente; ya hemos dicho que al considerar el origen del movimiento como un punto se obtienen ecuaciones sumamente complicadas.

Se ha dividido la seismología moderna en dos partes igualmente útiles y que mutuamente se completan: Tectónica y Física.

La tectónica es del dominio del geólogo que busca en la tierra las huellas y los efectos producidos, sin preocuparse para nada de las ondas séismicas, de su propagación, etc. Sólo las circunstancias geológicas, pueden á veces explicar el porqué de las divergencias encontradas entre la teoría y la práctica.

La física comprende el estudio de los diagramas registrados por los instrumentos séismicos.

El abandono de la noción ideal del epicentro se debe á la vez á la seismología tectónica que es consecuencia de los estudios más detenidos de las circunstancias geológicas, y á la seismología física por el desacuerdo que ha demostrado que existe entre la observación experimental y la práctica.

Sin embargo, subsistirá aún, durante mucho tiempo, este modo de concebir el fenómeno séismico porque nada se impone de golpe, y por ser difícil á la ciencia abandonar métodos que la han hecho progresar.

El gran desarrollo de la seismología física experimental se debe al perfeccionamiento de los instrumentos de observación, que en un principio solo servían para señalar los temblores, y que hoy día han llegado á registrar vibraciones terrestres que los sentidos humanos son incapaces de apreciar. Hay quienes creen que los sentidos de ciertos animales son más delicados que los del hombre y que, por consiguiente, pueden percibir ciertos efluvios eléctricos que preceden á las erupciones, tales como los perros, los gatos y las gallináceas, á quienes se les ha atribuido el privilegio de anunciar los séismos.

Se ha conseguido exclarecer y multiplicar la observación física y se ha comprobado que el área en donde los instrumentos pueden registrar el temblor es muy extensa y mayor que el área en que afectan los sentidos; puede llegar, en ciertos casos, á abarcar toda la tierra; que su intensidad disminuye rápidamente á medida que se alejan las ondas de su origen y que esta disminución está en razón inversa de la composición de las rocas y en razón directa del número de grietas que atraviesan.

Las razones expuestas hacen ver por qué, durante algunos años, se dejó en relativo abandono el estudio de las causas por el del movimiento séismico mismo.

La idea moderna abandona por completo ó casi por completo, las concepciones anteriores; crée en una relación directa entre las fuerzas internas que han dado su aspecto físico á la tierra y que la siguen transformando. Como hemos dicho, Pilar tuvo noción de esta división de la tierra en trozos, pero se equivocó en cuanto á las causas. Amí Boué fué el verdadero precursor de Suess; fué el primero en



Doña Natalia G. v. de Morales, cuya conferencia publicamos ultimamente.

comprender que los séismos están en relación estrecha con la historia de la formación de las diferentes partes de la tierra y que los temblores solo se producen en países cuyas montañas se han levantado en épocas relativamente recientes: pero solo expuso su modo de ver dubitativamente y sin basarla en observación alguna.

Ya no queda, por consiguiente, más que la unidad de la causa primera, disminución del volumen del globo terrestre, por enfriamiento y acciones mecánicas de donde resultan los repliegos y las fracturas; los volcanes y los temblores ya no tienen otro lazo de unión que el de estar ambos localizados á lo largo de las líneas de menor resistencia de la tierra, es decir, en los *geósinclinales*.

Exprofesamente hemos omitido mencionar las teorías basadas en las influencias de los astros, de las estrellas fijas y fugaces, de los bólidos, de las manchas solares, etc., por creerlas ya casi eliminadas y elucidadas las dudas que pudieran existir á este respecto; ya no estamos en el caso de preguntarnos, como Galileo, si se debe buscar la causa de los temblores encima ó debajo de la tierra, para luego dejar esta pregunta sin respuesta.

FERNANDO CRUZ.

PINTORES GUATEMALTECOS



Fotograbado de El Nacional.

Cuadro de Julio Lowenthal

Para Elenita Valladares



Elena: hoy vives dichosa
en la edad de los amores:
eres bonita y graciosa,
y te cerca una espantosa
pléyade de aduladores.

¿Quieres un consejo mío?
bien puedo darte consejo,
porque soy viejo, y tu tío.
y no es un refrán vacío:
"*Más sabe el diablo por viejo....*"

No hagas caso á esos poetas
que hoy se llaman "*porta-liras*,"
usando de antiguas tretas.
en octavas y en cuartetas,
te abrumarán á mentiras.

Te dirán que tienes una
mirada tan dulce y grata.
como el rayo de la luna
que derrama en la laguna
su suave fulgor de plata.

Te dirán que son dos solares
tus ojos; dos lindos astros
y eso tiene tres bemoles:
¡caracoles!....¡caracoles!,
¡lo que inventan los poetastros!....

Te dirán que cuando ríes
muestra tu boca. (¡embusteros!),
muchas perlas y rubíes....
No te fíes, no te fíes,
porque no hay tales carneros.

Que son tus labios dos fresas....
—Con jerga metafórica
querrán matarte á sorpresas....:
no hagas caso, todas esas
son figuras de retórica.

Con buen éxito empleadas
por el arte, en sus principios,
están hoy tan manoseadas
y tan desacreditadas,
que no pasan ya de ripios.

Mide la inutilidad
del adulador cortejo:
no tiene necesidad
de lisonjas tu beldad:
que te lo diga el espejo!

CHAS. CARRILLO.

EL DEPARTAMENTO DE SACATEPEQUEZ

(SUMARIO PARA ESTUDIARLO)

Descripción general.—Alturas.—Climas.—Población absoluta y relativa.—Hipótesis sobre la existencia de un antiguo lago.—Sistemas hidrográfico y orográfico.—Producción del departamento.—Posibilidad de un ferrocarril.—Consideraciones acerca de la ciudad.

Al señor Dr. don Pastor Guerrero.

El departamento de Sacatepéquez linda: al Norte y al Oeste, con el departamento de Chimaltenango; al Sur con Amatitlán y Escuintla: al Este, con los departamentos de Amatitlán y Guatemala.

Tiene Sacatepéquez dos particulares características: 1º ser el departamento más pequeño de la República; 2º, que los veinticinco pueblos de que consta, con una sóla excepción, sin importancia están unidos á la Cabecera y á la Capital por buenas carreteras.

La Antigua Guatemala, capital del departamento, está en la entrada del valle *Panchoy*, sobre el río Pensativo y al pié de los altos cerros de Carmona y El Rejón, cuyas últimas estribaciones terminan eu las colinas de "El Arco del Matasano" y de "El Manchén" respectivamente, desde las cuales se domina toda la ciudad que, observada á "ojo desnudo," permite ver de cuando en cuando cruzar y recorrer las anchas y rectas avenidas, solitarias y tristes, algunas sombras humanas que turban la natural quietud de aquel santuario de recuerdos, de aquel montón de ruinas que resucitan un pasado de esplendor y que hacen palpitar el alma de muchas generaciones.

En el departamento de Sacatepéquez hay una ciudad y veinticinco pueblos. Su población total, según el censo del año de 1903, es de 57,562 habitantes, con una densidad de 74.2 por kilómetro cuadrado. Por manera, que después de Totonicapam, cuya densidad alcanza á 96.6 por kilómetro, es el departamento de Sacatepéquez el que tiene mayor población relativa.

La mayor densidad de población, corresponde á Totonicapam; la menor, al Petén.

La población del Petén, cuya vasta y fértil extensión es un desierto, asciende, según el mismo censo, á 9,115 habitantes, con una densidad de 0.2 habitantes por kilómetro cuadrado; es decir, un individuo por cada cinco kilómetros de superficie.

La ciudad de la Antigua Guatemala tiene una población 10,150 habitantes, y su altura sobre el nivel del mar, es de 5.030 pies Fué fundada el 16 de marzo de 1543, destruida el 29 de julio de 1773 y por el terremoto de Santa Marta.

El valle *Panchoy*, encajonado entre los cerros de Carmona, el Rejón, Pastores, Retana, Chimachoy, y los volcanes de Acatenango, de Fuego y Agua, no tiené más salida descendente que la situada hacia el Sud-Oeste, la garganta profundísima que separa los volcanes de Agua y de Fuego.

Por esa garganta corre actualmente el río de "El Portal" en su curso hacia el mar, tomando en el departamento de Escuintla el nombre de "Guacalate."

El valle, á cinco mil pies sobre el nivel del mar, con una inclinación poco sensible hacia el lado de Alotenango, parece ser el lecho de un antiguo lago, cuyas aguas, tal vez por algún cataclismo prehistórico, se precipitaron sobre la costa obedeciendo las leyes de equilibrio de los líquidos. Quizá en una antigüedad remota, la superficie del valle actual haya estado cerrada por todos lados como lo está hoy el lago de Amatitlán. Todos sabemos, por leyes físicas conocidas, que una masa de agua aprisionada, tiende siempre á escaparse por el punto ó lado más débil.

Parece ser que en las excavaciones hechas en el valle se han encontrado restos de animales acuáticos.

La clasificación de esos restos podría demostrar á qué época geológica pertenecen. Según que sean más ó menos antiguos, cabe considerar como probable una de las tres hipótesis siguientes:

Si pertenecieran esos restos á la edad primaria, provendrían, sin duda alguna, de capas muy antiguas rotas por alguna erupción y arrojadas del interior á la superficie.

Si se demostrara que los fósiles formaran parte de la la fauna terciaria inferior, la hipótesis de la existencia de un lago sería, la más aceptable.

Por último, si se reconocieran como cuaternarios los fósiles encontrados, habría que admitir que son coprolitas, es decir, despojos de las comidas de los habitantes primitivos de esa región, como se ha comprobado en otros pueblos del continente americano.

De las tres hipótesis sentadas, merece más nuestra atención, por parecernos más verosímil, la hipótesis del lago.

Es, en efecto, muy posible que un terremoto hubiese abierto camino á las aguas, si se consideran las condiciones del cauce actual del río y la naturaleza eminentemente volcánica de esa región.

Las excavaciones hechas en el valle y en la falda del volcán de Agua, nos autorizan á aceptar la tercera hipótesis.

En las excavaciones hechas en el valle se ha observado: primero, la existencia de un manto de aluvión de un espesor variable de dos á cuatro metros: después una capa de tierra rojiza y arenosa de naturaleza volcánica, probablemente de formación moderna, y de igual espesor más ó menos; y por último, una capa de arcilla ó greda impermeable, de espesor desconocido, que impide la filtración de las aguas.

La capa arenosa de tierra volcánica rojiza, puede haberse formado en la última erupción del volcán de Agua, cuyo recuerdo se pierde en la lejanía de los tiempos. Y, en tal evento, debe admitirse lógicamente que la tercera capa fuera el lecho del lago de que tratamos.

Las excavaciones de la falda Norte del volcán, á la orilla del valle, demuestra: primero, la existencia de una capa de lava á profundidad variable de tres á cuatro metros, depositada, no cabe duda, en la última erupción; segundo, la existencia de una población antiquísima, cuyos restos están á la misma profundidad que la capa de lava, en el trayecto de San Juan del Obispo á las inmediaciones de Alotenango.

La tendencia del hombre en todas partes y en todas las edades, ha sido fundar sus masas de población á la orilla de los lagos ó de los ríos. Y el hecho se explica por si mismo. Tal podemos observar hoy con el litoral del lago de Atitlán.

Todos los pueblos indígenas, de antigüedad desconocida, que se hallan actualmente en la parte baja del departamento, están sentados en lo que puede ser el litoral del lago; en cambio, no sabemos que en el valle se halla encontrado vestigio alguno de antiguos pobladores.

Sobre la capa de lava de la falda del volcán hay un grueso manto de tierra vegetal. El volcán, cuando vinieron los conquistadores, tenía ya obstruido el cráter, como lo demuestra la inundación de 1541 que destruyó la primitiva ciudad de Guatemala. Además, el volcán estaba, como hoy, cubierto de frondosa vegetación y de gigantescos árboles, casi hasta la cúspide.

Para el enfriamiento del volcan, la formación del manto vegetal y los bosques seculares de que está cubierto, se han necesitado probablemente millares de años.

De modo, pues, que ni siquiera se puede conjeturar la época en que se verificó la última erupción que, á juzgar por la corpulencia de la mole y de los vestigios volcánicos, lava y tierra calcinada, debe haber sido tan espantosa como destructora.

¿Y qué, una vasta erupción, un cataclismo, no pudo romper el dique del lago? ¿Y no es verosímil que un nuevo cataclismo, que un terremoto ocasionado por los volcanes vecinos rompiera el dique del lago de Atitlán precipitando sus aguas hacia el mar? Y piénsese en que, si tal fenómeno llegara desgraciadamente á verificarse, aquella región quedaría en condiciones muy semejantes á las del valle en que está situada la Antigua Guatemala.

* * *

El sistema orográfico del departamento es magnífico y grandioso.

Altísimos volcanes, acaso los más importantes de la cordillera Andina centroamericana y una cadena de cerros hermosísimos cubiertos en su mayor parte de lujuriosa vegetación sirven como de marco al valle encantador, de asombrosa fecundidad, en que descansa pensativa y triste la Ciudad histórica, dorado estuche de interesantes tradiciones.

El volcán de Acatenango, mide 12,992 pies de altura sobre el nivel del mar; 12,582 el de Fuego, y 12,310 Humapú ó volcán de Agua. Los cerros más elevados, Carmona, El Rejón y Chumachoy, alcanzan una altura media de 8,000 pies.

Al pie del cerro de Retana, cerro pelado, peñascoso, y de apariencia volcánica, hay fuentes de agua caliente y sulfurosa, tales como las aguas de Medina.

En cierto lugar de la alta cumbre de Carmona, hay una vista deliciosa. Atrás la Ciudad de las Ruinas; al frente, á los pies, Amatitlán, á orillas del pintoresco lago; á la izquierda, la Nueva Guatemala. Desde esa altura, en la cual almorzamos hace algunos años con un grupo de amigos amantes como nosotros de los grandes ejercicios á pié y de las bellas perspectivas, se ve, y se oye silbar, la locomotora del Ferrocarril Central. El cerro, de pendiente angustiosa por uno y otro lado, es angosto en la base; de manera que, si se abriera un túnel de la Antigua para Amatitán, quedarían las dos ciudades á unos ocho kilómetros de distancia. El túnel podría partir de la planicie que está en la rinconada de Carmona en dirección hacia la llanura de Amatitlán; y como la diferencia de altura entre las dos ciudades es de 288 metros, el descenso de la vía férrea sería de tres por ciento, aproximadamente.

* * *



LA VIRGEN DEL COJIN VERDE

(Pintura de Solario. 1475-1512.)

El sistema hidrográfico de Sacatepéquez es de escasa importancia.

De todas sus corrientes de agua, la única que tal vez merezca la categoría de río es la de "El Portal." Este río nace en jurisdicción de la Villa de Zaragoza, en Chimaltenango.

El Pensativo, importante desde el punto de vista histórico y por los daños que ocasiona á la Ciudad con las grandes crecidas del invierno, es un pequeño arroyo que casi se seca en el verano.

El río de Santa Catarina, corriente pequeña que nace en las gargantas de los cerros inmediatos al pueblo del mismo nombre, va á desaguar á la laguna de San Antonio.

El río de San Sebastián, cuyo orígen está en las profundidades de la parte baja de Calderas sirve para riego en varias fincas cercanas á Dueñas y bota sus aguas sobrantes en el rio de "El Portal."

En los lados de una pequeña eminencia que está cerca del pueblo de San Lucas, nacen dos arroyos: al Occidente el de Santiago, cuyas aguas van al Atlántico confundidas con las del Motagua; al Oriente, el arroyo de La Barranca de San Lucas que desemboca en el río Villalobos, éste en el lago de Amatitlán y el lago en el Pacífico por el río Michatoya.

En cuanto á climas, basta recordar las alturas que hemos señalado para comprender que son inmejorables.

***

El departamento de Sacatepéquez, aunque pequeño, es muy rico, tanto porque la propiedad rural está muy dividida, como por la feracidad de la mayor parte de sus terrenos. Es bastante poblado y sus habitantes son activos y trabajadores. Es digno de notarse el hecho de que, en aquel departamento, las mujeres del campo trabajan en el campo en iguales labores que los hombres.

En ningún departamento de la República se ha realizado tan eficazmente el cultivo intensivo como en aquel. La división de la propiedad obliga á los poseedores de pequeños fundos á laborarlos á la perfección, obteniendo de esa manera rendimientos inverosímiles como sucede con las fincas de café. Así, podríamos citar muchas plantaciones que rinden cincuenta quintales de café pergamino por manzana.

El fecundo y extenso valle está cultivado casi en su totalidad. Predominan en él las plantaciones de café, de caña de azúcar, verduras y forrajes.

Sobre el río de "El Portal," hay fincas importantes. tales así como Pastores, Santa Bárbara, La Azotea, Retana, San Lázaro, El Pirú, Medina, Las Pinturas, El Potrero, El Salto y Capetillo.

Sobre El Pensativo, están Cabrejo, La Chácara, San Ignacio, Potreros de Novales, El Pintado y Colombia.

En el resto del valle pueden contarse centenares de fincas pequeñas y algunas relativamente importantes, como las siguientes: Las Animas, Belén, Pavón, La Reforma, La Felicidad, Jauja, Santa Ana, San Cristóbal, Las Ilusiones, Santa Clara, Giorgis, Orotapa, La Primavera, La Esmeralda, Bella Vista, La Esperanza, Santa Teresa, San Jerónimo, La Pólvora, Palomo, La Recolección. El Desengaño, El Manchén, Tegucigalpa, El Recuerdo &. &.

Trabajan en el departamento veintiún beneficios de café; seis movidos por agua, trece á vapor y dos á mano.

Existen diez fincas de caña con sus respectivos beneficios. De estos beneficios, tres están movidos por ruedas de agua y siete á vapor.

En el valle, sobre todo en San Pedro Las Huertas, ha hecho grandes adelantos la horticultura, y así, la mayor parte de las verduras que se consumen en esta Capital y en el departamento de Escuintla, proceden del valle de la Antigua.

Sacatepéquez es un departamento de agricultores y comerciantes.

En el valle se ha ensayado con éxito muy lisonjero el cultivo de la vid.

Que la vid puede producirse en aquel valle, lo demuestra el hecho de que, en muchas fincas se desarrollan parras silvestres. Nosotros las hemos visto.

En las alturas hay fincas valiosas, en las cuales se cultiva maíz y frijol en grande escala: también podría cultivarse trigo.

La ganadería tampoco se ha descuidado. Existen algunas fincas dedicadas casi exclusivamente á esa industria, tales como La Suiza y El Guachipilín.

El café, la caña, los cereales, los forrajes, las verduras, las legumbres, las maderas, la leña, el carbón, &., darían mucho trabajo á una línea férrea ó á un tranvía eléctrico que, fácilmente, podría establecerse entre la Capital y la Ciudad de la Antigua.

La producción de café en cada año es de treinta mil quintales oro, poco más ó menos, dato que tenemos comprobado con la estadística de varios años. Y la producción de ese artículo va en aumento, por que, de unos tres años al presente, se han hecho muchas plantaciones nuevas, y las viejas se han atendido mejor; y téngase en cuenta que en esa zona bendecida por la naturaleza, los cafetales dan cosechas abundantes durante más de cuarenta años.

El café y la panela de la zona de Acatenango no obstante la falta de carreteras, se conducen en su mayor parte á la Antigua, en mulas ó por

medio de mozos, por un camino de herradura que faldeando el volcán de Acatenango, pasa por las fincas La Soledad, Calderas y San Sebastián.

El departamento de Chimaltenango, en la zona fría, es muy extenso y produce grandes cosechas de maíz y de frijol y una buena cantidad de trigo en los municipios de Patzún, Patzicía y Tecpam. Las maderas de la vasta jurisdicción de San Martín son inagotables.

El movimiento comercial de Chimaltenango con la Ciudad de la Antigua, es activo y fuerte.

Hemos hecho las anteriores consideraciones con el objeto de hacer notar que es absurda la opinión, arraigada en muchos sin estudio, de que no se costearía un ferrocarril á la Antigua. Ese ferrocarril, en el cual no se invertiría un gran capital, tal vez no se costearía desde el principio, pero sería negocio poco después, porque, además del ensanche de la Agricultura en los departamentos inmediatamente favorecidos, se aumentaría mucho el tráfico de pasajeros para la bella ciudad del Pensativo, atraídos por la benignidad de su clima, por la pureza de sus aguas, por lo pintoresco del Valle, por la imponencia de sus volcanes y, sobre todo, por la misterioso de sus silenciosas y venerables ruinas que atraen con fascinación irresistible á los espíritus contemplativos.

Ya en mil novecientos uno, una municipalidad que presidió el Doctor don Pastor Guerrero se ocupó con entusiasmo en este asunto. Recogió datos estadísticos de los dos departamentos y los mandó á la empresa del Ferrocarril Central, empresa que, sin estudio, declaró que el ferrocarril no se costearía.

Quizá mejorada la situación económica del país pueda realizar esa obra una empresa nacional.

En las inmediaciones de la Ciudad hay varias fuentes de agua purísima y cristalina que podrían aprovecharse para baños.

Las fuentes más cercanas, son: las de San Cristóbal, Santa Ana, Las Cañas y Pamputic.

Los baños actuales, Almolonga, Medina y El Cubo, son magníficos, pero antieconómicos, porque, quedando como quedan lejos de la Ciudad, no se puede ir á ellos sino á caballo ó en carruaje.

La Ciudad de la Antigua está iluminada por luz eléctrica de arco é incandescente, cuya fuerza generatriz se desarrolla en un hermoso salto de agua del río del Portal. La empresa de la luz la constituyen accionistas antigüeños exclusivamente.

Además de los establecimientos nacionales, dos escuelas complementarias, varias elementales y un suntuoso edificio para Escuela Práctica, hay en la ciudad cuatro Colegios privados; dos para hombres y dos para señoritas, Todos con buen material pedagógico y competente personal directivo y docente.

Uno de esos establecimientos, el Colegio Antigueño de varones fué fundado por una sociedad anónima de padres de familia. Cuenta con muchos elementos y fué establecido desde su fundación en un local higiénico y adecuado. Lleva cuatro años de existencia.

El Hospital de la Antigua, servido por hermanas de la Caridad, ocupa un hermoso edificio amplio y cómodo—una manzana de extensión—Tiene buen servicio médico, una farmacia y una sala de autopsias y operaciones.

El Oratorio del Hospital, es un bello Oratorio, en el cual resplandece una limpieza impecable.

Los talleres de Belén, establecidos desde hace muchos años, se dedican al aserradero de madera y construcción de muebles. Son de lo mejor que hay en la República por la abundancia de elementos y la perfección de sus máquinas, movidas por un motor de ochenta caballos.

El Teatro, aunque pequeño, es bonito. Trabajan en él compañías extranjeras y artistas antigüeños, entre los cuales hay varias señoritas que han revelado muy buen gusto artístico y talento escénico. Los productos de esos meritorios trabajos los han dedicado íntegros á fines de beneficencia.

En la finca Pastores, cercana á la Ciudad, funciona un molino de trigo. La maquinaria es tan perfecta y completa que puede competir con los mejores molinos extranjeros. Se trabaja en él trigo de Patzún, de Patzicía y Tecpam, cuyas harinas, según análisis, son de excelente calidad.

El Cementerio, queda al Poniente de la Ciudad. Es pequeño, proporcionado á las necesidades del lugar y primoroso en sus detalles y en su conjunto por sus artísticos mausoleos de exquisito gusto arquitectónico.

Flota en ese sagrado lugar no sé que ambiente especial de profunda melancolía que no hemos sentido en otros Cementerios. Es que, un Cementerio allí, un Cementerio moderno bajo las ruinas, tiene no sé qué de anacrónico y un aspecto doblemente fúnebre: es la muerte dentro de la muerte, una tristeza dentro de otra tristeza.

Los que hayáis tenido la paciencia de seguirme hasta aquí, me diréis: "Alto: todo va muy bien, pero......la Antigua es muy triste."

Convenidos. Es muy triste. No hay allí días de campo, no hay bailes, no hay bullicio. No grita allí la mascarada humana.

Querer que sea alegre, es querer un absurdo.

La Antigua es un montón de escombros en que no impera el presente, sino el pasado. La vida allí, es vida de meditación y recogimiento es la vida de las almas para las almas.

Un anciano y un enfermo son una ruina. Y queréis que la risa se desgrane fresca y cristalina de los labios de ese anciano y de ese enfermo?

¿Puede la noche ser aurora? ¿Puede la Primavera ser invierno?

La Antigua alegre, la Antigua bulliciosa, sería una Antigua ilógica y absurda: algo como una danza macabra bailada en pleno cementerio.

Y la carcajada vibrante sobre las tumbas de los muertos, ¿no os parecería una repugnante profanación, una sacrílega irreverencia?

Los cementerios no son lugares para reír. Son lugares para llorar ó meditar: de pie ó de rodillas, pero siempre con religioso respeto.

Por otra parte, ¿queréis algo más bello, algo más elocuente que el mutismo de esas ruinas solitarias?

¿Hay algo que hable más hondamente á vuestras almas que esos muros silenciosos?

Los más altos méritos de la Ciudad del Pensativo, estriban precisamente en la tristeza de sus ruinas, en su apacible y dulce melancolía.

La Antigua, al cabo, es la más hermosa página de nuestra historia, el Panteón de muchas generaciones en donde flota el hálito de nuestros padres. Doblemos la rodilla ante sus muros.

La tristeza de la Antigua la explica, pues, la lógica de la naturaleza.

Los que viven en lugares alegres, son alegres. Los que han habitado en las altas montañas ó en las soledades del Océano, adquieren un elevado espíritu de libertad é independencia.

Los que habitan en las ciudades muertas se vuelven contemplativos y taciturnos. Es natural: se asimilan al medio ambiente.

No debemos, pues, para ser lógicos, pretender una Antigua alegre.

Y aparte de los goces inefables que proporciona la contemplación de las ruinas, ¿no os indemniza con usura de su tristeza, el espectáculo magnífico y sublime de una puesta de sol tras los altos picos de sus volcanes magestuosos?

Darío Corzo Eggar.

PINTORES GUATEMALTECOS



Fotograbado de El Nacional.

EXTASIS.—Cuadro del señor Beltranena



Cuentos Galantes

LUZ MENDEZ

Por misterioso encanto. ó por arte de magia,
Tus pupilas supieron de templos y de ofrendas
En la Grecia pagana; y así es como presagia
Tu busto aquellas Diosas de clásicas leyendas.

Bebiste el viejo vino, en la ánfora del Arte,
Y aristocratamente escanciaste en tu copa,
El dorado champagne que te brindaba Europa.
Fué más suave la seda cuando quiso tocarte....

La visión del oriente se esfumó en tus miradas
Con los tintes de un sueño de una lejana edad;
Prodigiosas leyendas en las que surgen hadas,
Encantos de Aladino, palacios de Simbad....

Como una caravana cruzaron tus sonrisas
Los cálidos desiertos. Un viejo musulmán
Te señaló el destino; como las pitonisas,
Descifraste los signos del sagrado Corán.

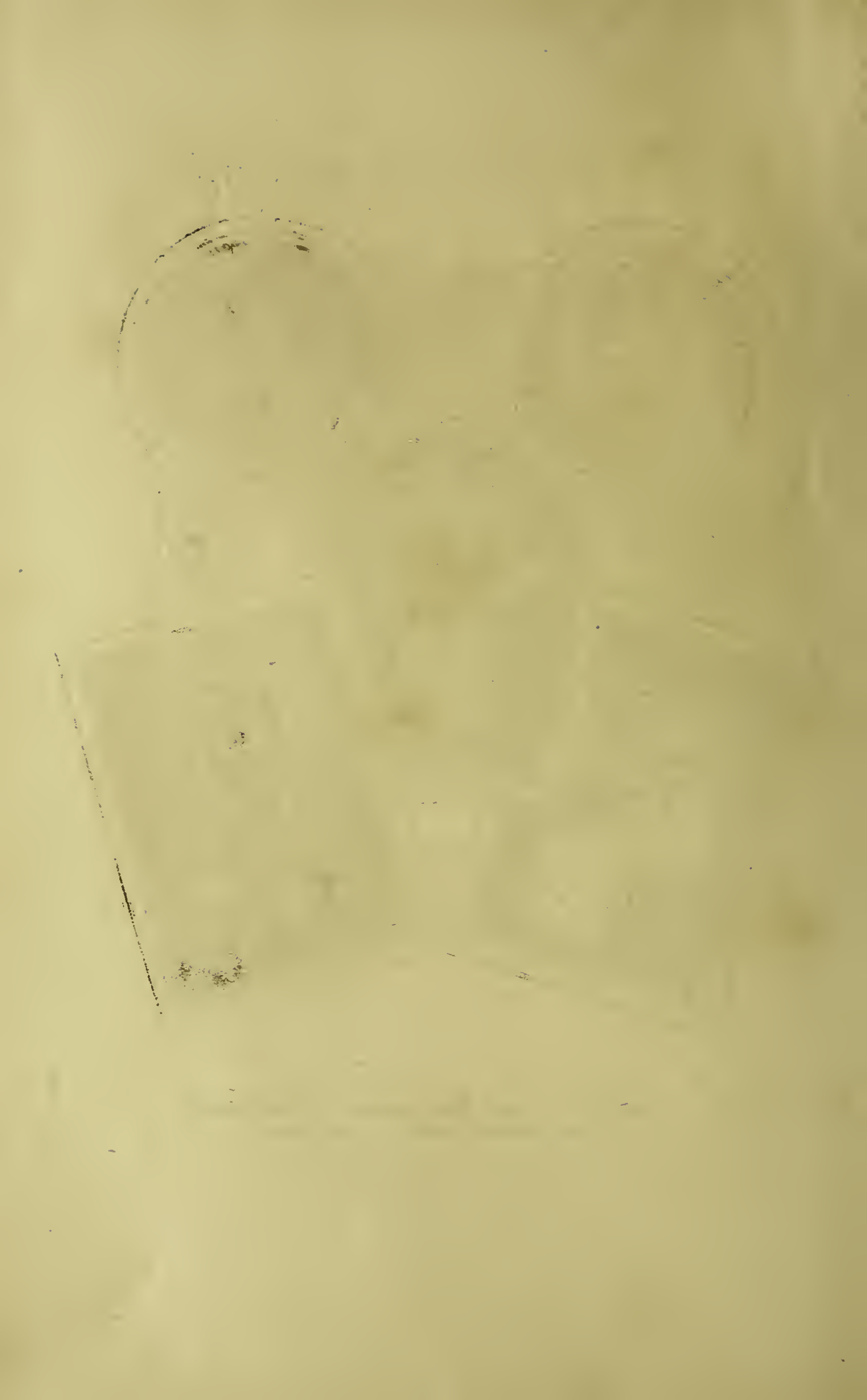
Te anunciaron los Césares cuando llegaste á Roma,
Y conociste el gesto conque aterró Nerón.
En el vuelo ligero de una blanca paloma,
Frente á los viejos mármoles te sonrió Platón....

Carlos Rodríguez Cerna.



Fot. Yas, Antigua G.

1 Elena Botte.— 2 Doña María Mollinedo.— 3 Rosa Mollinedo.
4 Doña Soledad de Rosbach.— 5 Elisa Rosbach



Riquezas Minerales de la Antigua Guatemala

San Martín Jilotepeque, Septiembre 17 de 1910.

Señor Director de "El Nacional"

Guatemala.

Señor:

Con mucho agrado he leído en las columnas de su interesante Diario, que el próximo número de "El Heraldo" se referirá principalmente al departamento de Sacatepéquez y de modo especial á la Antigua Guatemala. Solicita de los lectores de "El Nacional" escritos, descripciones, fotografías, etc., para la mencionada edición.

Al tratarse de la Antigua Guatemala, querido pedazo de tierra en que nací y se meció la cuna de mis padres, hermanos y demás familiares, no he podido resistir al deseo de colaborar, aunque de modo humilde, en el expresado número, no obstante, mi falta de aptitudes para escribir en periódicos tan importantes como los que Ud. redacta.

Tengo en mi poder un documento oficial que se refiere á las riquezas mineralógicas que se ocultan en los alrededores de la antigua Capitanía General de Guatemala, y como creo que su conocimiento revestirá alguna importancia, haré de él un extracto, deseando que además produzca útilidad á mi tierra, y á algunos de mis queridos paisanos.

En enero del año 1859 se presentaron ante el señor Ministro de Hacienda los señores don Felipe Santiago Arreses y don Agustín Sáenz denunciando ocho vetas de minerales de plata, situadas en la Antigua Guatemala en los lugares siguientes:

La primera, en el cerro de la "Chácara" y abraza el de "Candelaria" y "Los Dolores."

La segunda, en el cerro que le denominan de "El Rejón" y abraza las vertientes del cerro de San Felipe.

La tercera, está situada en los cerros de Jocotenango, hasta lindar con el terreno llamado de los "Andrades."

La cuarta, se encuentra entre el lugar de los "Andrades" hasta enfrentar con el pueblo de Pastores.

La quinta, comprende los cerros de Pastores, el Portal y Santa Bárbara.

La sexta, está en el cerro de Santa Ana y abraza el de San Cristóbal el Alto.

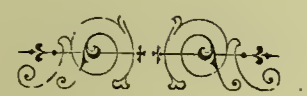
La séptima, se encuentra en jurisdicción de Santa Lucía, en los cerros del lado izquierdo viniendo de la Capital, hasta Santa Inés, adelante del Guarda.

Y la octava, en tierras de San Mateo y linda con Santa Lucía y se extiende al cerro que está junto al camino carretero á Guatemala, al lado derecho, viniendo de allá.

Don Carlos Barrundia, Secretario en equella época del Corregimiento de Sacatepéquez dió á conocer por medio de avisos manuscritos estas denuncias en el citado año de 1859.

Nada se ha dicho, al menos que se sepa, de la explotación de esas minas, ni de otra de niquel que existe en ejidos de Magdalena, y es de suponerse que por falta de elementos ó pericia en esa clase de trabajos se hallan dejado en abandono. Hoy que se impulsan y reciben protección del Supremo Gobierno las explotaciones de nuestras minas, pudiera ser que sirviendo como nota los datos apuntados se explorasen esos lugares y se encontraran las sepultadas riquezas.

Si mis anteriores apuntes produjeran algún buen resultado quedarían llenos los deseos de su muy atento S. S. C. Cóbar, H.





La mirada ansiosa de los discípulos asaetea la puerta con los ojos. Los bedeles rítman el paso tardo por los claustros y en lo alto la luz está de fiesta. Don Juan de Mañana se retuerce nerviosamente las altivas guias; pero no es por el recuerdo de Elvira. Las capas historiadas de cicatrices, yacen flácidas en las bancas. Es un gran silencio de expectativa. Calla el abejeo de los comentarios y no se habla de la última cita, ni de la guerra que las tropas de Su Majestad sostienen en las marismas de Flandes, ni siquiera se hace burla de las gafas, de la calva y del continuo temblor del catedrático de Derecho canónico.

De pronto, uno, en voz baja.

—¿Saldría ya de los calabozos en que ha estado á podrirse por culpa de esos verdugos? Y al concluir bajó más la voz todavía.

Y otra musitó en el murmullo de una respuesta:

—Es, más ó menos, la hora fijada y pensar que otros tales, dignos de la coroza y del sambenito andan sueltos! En verdad os pido la merced de creerme, señor de Ponce de León, que tan cierto como que la Gaditana es la muchacha de más lindos ojos del reino, que yo acuchillaría sin remordimientos á la turba de casuistas y de gandules que han martirizado á varón tan egregio.

Una sombra cubrió, súbito, el vano de la puerta y la clase entera se puso en pie. Fué como un trueno el aplauso. Sobre la cabeza venerable la luz ponía un halo, como de santa aparición. Avanzó el esperado, el maestro, á la cátedra, levantando la mano en un gesto ritual de bendiciones. La emoción se advirtió por un leve temblor y por alguna humedad en las pupilas llenas, á la vez, de la resignación de las negras prisiones y de la calma luminosa de los campos.

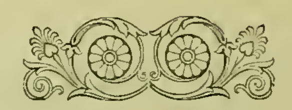
Al sentarse, pudo vérsele el estrago de los años y del largo sufrir. Pobre el cabello, cano ya en las sienes, en donde azuleaban las venas á manera de víboras entre un matorral; hondos los surcos de la frente; lacios los pliegues de las mejillas; alargadas en rictus melancólicos las comisuras y exangüe el cuerpo todo. Las manos, casi transparentes. Y la palidéz vistiéndole con su tristeza, como la bondad con su luz.

Trescientos pares de ojos como trescientos pares de interrogaciones creyeron ver en el fondo de las pupilas cansinas el torvo desfile inquisitorial: los potros, los garfios y los lechos de tortura, la temerosa semiobscuridad de los calabozos y el negro tribunal detrás del Cristo que alárgaba sus brazos entre dos velas, como entre dos miradas sin rostro que lo estuviesen viendo todo...... ¡Cuántos lamentos oiría él, que se arrobó cuando el aire vestía de luz y de hermosura al conjuro de la música de Salillas! ¡Cuantas lágrimas enjugaría la mano que plantó un huerto en la empinada ladera del monte!

¿Contaría sus tormentos de largos años? ¿Se desataría en amargas quejas? ¿Echaría de menos á los discípulos que habían dejado en el aula los claros de su ausencia? De profundo, el silencio era augusto. Y los estudiantes preguntaban sin hablar con la boca, con la frente juvenil, con el cuerpo ansioso que se inclinaba todo hacia adelante. En la solemnidad de la expectativa, el Maestro dejó caer sus palabras llenas de eternidad:

—Como decíamos ayer......

JOSÉ RODRÍGUEZ CERNA.



LA POESIA EN EL PORVENIR

El Arte muestra la vida de los pueblos y los renova.

Lombroso tiene el gran mérito, que cada día se apreciará más, de haber—pasando sobre creencias y prejuicios—entrado con la fuerza de la ciencia positiva, en el áureo Panteón de los Genios, armado del bisturí de la Antropología y de la Crítica, no por profanar—como los escritores vulgares creen—aquel templo sagrado de la Historia, mas si por examinarlos, reverente y consciente, para después asignarle el justo puesto en la humanidad.

Merced á sus investigaciones y sus profundos estudios, conocemos que el genio es una manifestación patológica.

Esta teoría, que puede pareecer desconsoladora, no disminuye, pero, el mérito del génio, así como la perla no es menos apreciada porque se sepa (como observa Ferri) que es una secreción patológica de un molusco. Pero si—y este es el grandísimo mérito de Lombroso—nos enseña á no caer en el fetichismo hasta para los hombres de genio y jamás renunciar á nuestro sentido crítico y á la libertad del propio pensamiento.

Conscientes, entonces, de las modernas conquistas de la ciencia, vamos á examinar un artículo de Anatole France, que "La Campaña" publicó en días pasados.

Dice el artículo en referencia, titulado: "Hombres sin humanidad" que sin el dolor—que es fruto de nuestra sociedad tal como es constituida—no sería posible para alguno; que todo el placer nos viene del estallido de las pasiones que nos proporcionan temas y argumentos para escribir poemas y......

....quien tenga paciencia siga leyendo el artículo del académico francés; ya he citado el título.

El artículo, naturalmente, es elegante, sentimental, vaporoso; mas, acaso sin quererlo, en un momento precisa ya, diciéndonos que: *un solo verso hermoso ha hecho más bien al mundo que todas* (tal como suena) *las obras de metalurgia*.

Lástima que el elegante escritor no se crea—talvez por olvido—en el deber de citarnos un ejemplo, puesto que no habría afirmación igual que pueda despertar tanto interés y curiosidad.

El conocimiento de la metalurgia nos llevó á la perfección de los instrumentos de precisión, (sin saber las propiedades de los metales sería inconcebible el cronómetro) y sin estos instrumentos, por ejemplo, la náutica estaría en el estado empírico y los viajes, en consecuencia, ofrecerían los mil peligros que antes ofrecían; y ¡qué felices serían los hombres recitando los hermosos versos de Homero, admitiendo que todos los supieran, mientras morían ahogados en alta mar!

¡Cuán felices serían los Estados Unidos, si tuvieran un Tasso y cada ciudadano supiera de memoria la "Jerusalem Libertad" sin conocer metalurgia para explotar sus numerosas riquezas!

Dante escribió su divino poema sobre las tristes condiciones que atravesaba, entonces, Italia, pero Dante no quería la desgracia de su patria al escribir los inmortales tercetos: al contrario su obra fecunda es una estigma candente para que aquellos dolores no se repitan.

La Poesía tiene y debe tener la alta misión de la redención y perfección humana: quien así no la entienda no es poeta, no es nada: es un chunero, es un versero!

El arte por el arte es una frase vacía de sentido.

Dice Anatole France: *no teniendo pasiones carecen de arte. ¿Y como habrían de tener poetas? No sabrían gozar al ver la musa épica que se inspira en los furores del odio....*

¡Volvámonos, entonces, una jaula de fieras para el gusto de tener poetas épicos!

De Amicis en sus "Lotte Civile" es más bello y más grande que todos los poetas épicos:

Carducci en su "Ynno á Satana," donde personifica el progreso, cita un fragmento de memoria, donde alude al Ferro-Carril:

Un bello e orribili
mostro si sferra
corre gli Oceani,
corre la Terra;
corrusco e fumedo
come i vulcani,
i monti supera,
divora i piani
e poi si nasconde,
per andri incogniti,
per vie profonde
ed esce; ed indomito
di lido in lido
come di turbine
manda il suo grido;
come di turbine
L'alito spande,
ei passa oh popoli
Satana il grande!
passa benefico
di loco in loco,

sul infrenabile
carro del foco.
Salute, oh Satana,
oh ribelliane.
forza vindice
della Ragione:
sacri a te salgano
gl' incensi e i voti.
hai vinte il Gerva
dei Sacerdoti.

es más bello que Dante en su:

Vergine madre, figlia del tuo figlio,
Umilde cd alta fini che creatura,
Termine fisco d' eterno consiglio

Tu se' colei che l'umana natura
Nobilitaste si, che il suo Tattore
Non disdegni di farsi sua fattura.

Nel ventre tuo si raccese l'amore
Per lo cui caldo nell'eterna pace
bosi é germinato gusto fiore.

(Parotis, canto XXXIII)

Dirá el lector: porqué tanto afanarse, hasta citar poesías que no todos entienden, si las obras de metalurgía no dejarán de escribirse, aunque Anatole France ha escrito eso......

Ya lo sabemos: pero el lector inteligente comprenderá que no es comtra la opinión de una persona aislada que escribimos, sino contra las miras jesuíticas en querer orientar los estudios. Los jesuitas en las escuelas, en los libros y siempre, han inspirado el amor á la forma, al vacío, á la metafísica, distrayendo así la inteligencia de las cuestiones positivas, vitales y de la ciencia; y bien observa el crítico Luis Settembrini que hubo entre ellos escritores eruditos, brillantes, llenos de argucias, y sutiles, pero todos imitadores superficiales y ninguno creador original de la más mínima innovación.

A esta herencia de nuestros buenos padres jesuítas de sotanas y de pantalones, poco benéfica por cierto, debemos que se aprecia más un vividor que gastando el tiempo sobre libros por este estilo y buscando sensaciones en su vida ociosa y vagabunda, después de tanto destilar calor y estirar logra escribir un soneto ó un nocturno chocanesco (aún sea en buena forma) idealizando las piruetas de una coqueta; se aprecia más, repito, que á un obrero que levanta edificios para escuelas, á un químico que nos da una fórmula para salvar los cafetales de una enfermedad que acabaría con la riqueza nacional.

En una sociedad que Anatole Frauce pretende ridiculizar cierto es que no habría esa turba de verseros que nos fastidia, que nos tiene aburridos, con sus eternos lamentos de afectos que no sienten, por amores fingidos y vanos; pero sí que no fallarian los verdaderos poetas que elevarían sus hermosos cantos al Amor sincero y puro, al Trabajo honrado y productor, á la Naturaleza fecunda y sublime.

Cantarían sus hermosos himnos á esas máquinas que con pulmones de hierro y alentadas por almas de fuego producen con abun dancia y sin cansarse con sus brazos de acero todo lo que necesita el hombre, para volverle cada día la existencia más agradable; á esas máquinas que á veces con ruido monótono, á veces con estrépitos impetuosos nos asustan y nos atraen como el arrullo del mar, como la cascada majestuosa del imponente Niágara; á esas máquinas que con sus movimientos rápidos y precisos y con sus brillos metálicos, son, por sí mismas, la más bella poesía.

El dice: *no tienen un Virgilio y se les cree felices porque poseen asecensores.*

Pero en la sociedad acariciada, amada y soñada por el atildado escritor, no existen —que es peor—ni Virgilios ni ascensores.

José Corradino Vitola.

Quezaltenango, 18 Septiembre 1910.



EL DIA SABADO EN LA ANTIGUA

Referir lo que en este tiempo pasa en la Antigua Guatemala es indudablemente hacer la historia de lo que eran los sábados desde hace tres siglos y pronosticar lo que seguirán siendo por un gran transcurso de años, pues los actores, que en principal lugar figuran en este bosquejo, casi en su totalidad pertenecientes á la clase más numerosa en nuestro país, la clase indígena, no han cambiado, ni cambian, y es difícil se modifiquen ni en su aspecto físico ni en sus vestidos, y muy poco en sus costumbres.

Y entre esas costumbres está la de abandonar sus hogares el día sábado, suspender sus ocupaciones ordinarias y dirigirse á la plaza principal, que es el mercado al mismo tiempo, de la Antigua.

Desde temprano los sábados, se nota en las calles comerciales de la Antigua algo que los diferencia de los otros días tristes, y con poco movimiento. Las tiendas, cuyas dueñas pertenecen en su mayor parte á personas del bello sexo, se abren, se arreglan y todo se pone en orden. Alguna pariente, amiga ó sirviente de las propietarias, acude para ayudarlas en el trabajo extraordinario que se prepara.

Circumbalado de cerros más ó menos elevados el valle de Panchoy, en el que está asentada la ciudad, que fué primera Metrópoli del Reino de Guatemala y hoy es Cabecera del importante Departamento de Sacatepéquez, no tiene más que cuatro entradas por las que se comunica con toda la República. Rodeada la Antigua de numerosos pueblos, algunos de los cuales ya existían á la llegada de los conquistadores y otros fueron formándose por los que ya establecidos recibieron posteriormente terrenos y encomiendas, de todos esos lugares como de algunos más lejanos acuden los sábados al mercado para vender algunas cosas ó comprar otras, ó por ambos fines, ó tal vez sólo por paseo.

A partir de las ocho de la mañana todos los cuatro caminos y las calles de la ciudad que conducen á la plaza comienzan á verse concurridos por los viajeros, y esto dura hasta las once á doce del día. En estas horas algunos comienzan á retirarse ya sea para ir á las tiendas y farmacias ó tomar de regreso el camino por donde vinieron, no sin dejar de detenerse adentro y afuera de los establecimientos de chicha ó en las calles para tomar la comida ó lunch que han tenido la previsión de traer consigo, y lo hacen en familia muy tranquilamente.

Son de ver, pues, los caminos tan concurridos y animados en ese día y no basta ver uno, pues presentan diferencias que son de notarse.

Por la entrada hacia el Norte se ve la gente que va de los pueblos de Magdalena, San Mateo, Santiago, Santa Lucía, San Lucas y hasta de Mixco con sus artefactos ó artículos, tales como leña, carbón, ocote, casca &. Las mujeres de algunos de esos pueblos van por lo general sin llevar nada y alguna con los cabellos sueltos para refrescarlos al pasar por el Pensativo, y los ataban ó los atan, lo mismos que las otras, con cintas que tienen los colores de la bandera española, ignorándose la causa de esto. Van á fin de comprar hortalizas ó verduras que traen después á Guatemala. Lo hacen en grandes cantidades y las reunen en los zaguanes de las casas que están en los portales de la plaza: forman allí sus bultos y los arreglan para su conducción.

Por el lado Oriente entran los habitantes de San Juan el Obispo y del relativamente numeroso pueblo de Santa María de Jesús. Los indios de éste usan pantalones apretados y cortos: algunos sombreros de copa alta y ala ancha, parecidos á los que se usaban en Francia en la época del Directorio: las indias que no son casadas usan unas enaguas ó *envueltos* que no bajan de las rodillas, dejando ver unas piernas muy gruesas, lo que un antropólogo esplicaría diciendo lo es porque tienen que subir y bajar cuestas, estándo el pueblo de Santa María de Jesús situado á bastante altura en el Volcán de Agua.

Del Poniente y atravesando las plazas de San Sebastián y la Merced son los moradores del Tejar, Sumpango, Itzapa, Parramos, Pastores y Jocotenango. Se puede decir con seguridad que los individuos de Jocotenango han disminuido en cantidad comparada á la que pudo ser antes de la traslación de la Capital Centro-Americana al Valle de la Ermita, pués también se trasladó aquí parte de dicho pueblo, estableciéndose al Norte, construyendo iglesia, cabildo, y formando gran plaza en la que plantaron la hermosa ceiba, que todos admiramos y referente á la cual varios de nuestros estimables escritores han publicado algunos artículos en este año.

El camino, sinembargo, que ofrece más interés á causa de la afluencia de concurrentes es el del Sur y por él, atravesando la finca y hermosa Alameda de Medina vienen á la Antigua

los que viven en Ciudad Vieja, Alotenango, Pueblo del Agua Caliente, son notables las indígenas de éstos por sus vistosos güipiles de preciosas labores, valiendo hoy algunos de ellos más de doscientos pesos. Además los habitantes de Dueñas y Acatenango, trayendo estos para el mercado jarcia, petates, y *cibaque*; los de los otros pueblos mencionados, tercios de maíz, frijol, frutas ú hojas para envolver, ó nada, ó sólo una red ó un *matate* ó un petate para llevar las cosas que van á comprar. Sin excepción todas las mujeres que se ven en ese camino, grandes ó pequeñas, pues á las niñas hay que irlas enseñando, llevan sobre su cabeza un canasto con mercaderías, legumbres, frutas ó flores y por lo menos su almuerzo ya preparado de antemano; los canastos cubiertos con una servilleta muy limpia y de fabricación nacional, una de sus puntas saliendo fuera del canasto para servir de quitasol á la cara de su portadora. Aquel sirve después con el objeto de llevar sus *encomiendas* y provisiones para la semana, algunas de las cuales habrían podido conseguir en sus pueblos á iguales precios; pero prefieren sean de la Antigua y haber hecho el viaje á procurárselas, aunque no sean sino cuatro reales de sal (histórico.)

Se puede observar que regresan á los mismos ó cercanos lugares de donde salieron, cambiados solamente sus conductores, algunos de los artículos, por ejemplo flores, ciertas legumbres petates etc. Individuos conducen marranitos, al mercado y otros llevan marranitos de donde procedieron éstos talvez los mismos ó diferentes. Es claro que no solamente indígenas con sus especiales prendas son los que se encuentran en los caminos y acuden los sábados á la plaza de la Cabecera, sino también muchos de aquellos que ya usan vestidos ó medios vestidos de ladinos, ladinos á pie ó á caballo; y á caballo ó en carruaje varios de los propietarios ó administradores de las fincas del Departamento, quienes concurren por sus negocios.

Se conducen también mercaderías en algunas mulitas ó caballitos llevados por sus dueños, así como por patachos de diez, doce ó más bestias. Estas, después de bajarse la carga, son inmediatamente internadas en el *Poste*, que hoy es uno de los grandes patios del antiguo Palacio Arzobispal.

Carretas de bueyes llegan también bastantes con teja y ladrillo del Tejar, con leña, maíz ú otras cosas de diferentes puntos. Las carretas se estacionan en las calles cercanas á la plaza, mientras están en disposición de poder volver llevando panela, harina, ocote y otros artículos del mercado ó de las tiendas.

La cal, tan necesaria para la fabricación de las tortillas, puede encontrarse en la plaza, vendiéndose allí al menudeo; para los negocios por mayor está establecido un mercado en la Alameda de Santa Lucía y á dicho lugar van á proveerse los alfarifes y revendedores de la ciudad. Así mismo en dicha Alameda se verifica ahora el mercado de marranos ó coches el cual antes era en la Alameda de la Calle Ancha de Gálvez. Es curioso ese espectáculo; de todos tamaños y colores esos animales se ven con sus dueños y compradores, y van saliendo para su engorde ó para un próximo fin, al de ser destazados.

Contando la gente de la misma ciudad que concurre al mercado, podrá calcularse que en algunos momentos llega á seis mil el número de almas en ese lugar y el movimiento crece ó baja según las horas.

La importancia monetaria, según las transacciones en esos días sábados, según el parecer de algunos, y poniéndose en cuenta la panela, el azúcar, el maíz, la cal, ropa del país y extranjera, etc., puede llegar á la cantidad de doce mil ó más pesos; pero ella debe variar según las épocas y circunstancias.

A las 6 ó 7 de la tarde ya queda casi desierta la plaza; la mayor parte de las tiendas se han cerrado, y los viajeros y concurrentes á la Antigua habrán llegado todos á sus casas, hablando de la feria y pensando probablemente en el siguiente sábado.

Guatemala, Octubre de 1910.

JUAN J. RODRÍGUEZ LUNA.



LAS HISTORIAS QUE NO SE CUENTAN

"OSO"

Los chicuelos de la vecindad le llamaban "el Oso." Era un gatazo blanco con manchas cenicientas; negro en la cabeza y sobre el lomo; de aspecto reposado y de movimientos llenos de una seguridad tranquila.

Después de las clásicas aventuras por azoteas y tabancos, regresó una mañana taciturno y golpeado; y, al cruzar lentamente el patio, gritó la cocinera:

—Vean al **Oso**, está cojo....

En efecto: como un Soldado que arrastra orgullosamente sus heridas, el **Oso**, cojeando de una pata trasera, dirigióse, sin hacer menor caso de las juzgonas, hacia una ventana, donde un montón de trapos viejos formaba una concavidad que, como el lecho de un mendigo viejo, le servía para tomar, en las mañanas, su cotidiano baño de sol.

Desde entonces ostentó su lamentable cojera.

Nunca el **Oso** traspasó, en sus correrías, el lindero de las vecindades: su universo estaba limitado por las paredes de la vieja casa nativa y las azoteas vecinas. Su gloria, su bien conquistada gloria de macho, fué adquirida valientemente entre sus compañeros de vecindad por la fuerza y destreza de sus zarpas.

Allí donde nació debía morir. Tal como sus nobles ascendientes. Era hijo bastardo de una famosa gata, propiedad de una amable viejecita, á quién, por caridad, se había cedido un cuartucho cercano al huerto.

Nació como nace un yerbajo en el patio. Casi nadie se dió cuenta de aquella nueva existencia. Sus hermanos fueron entregados en agenos manos aún cuando no podían casi andar. Pero **Oso** se salvó en fuerza de ser hosco. Como si la luz del Sol le molestase, apenas tuvo el suficiente vigor en las patas para corretear por donde se le antojase, no salía de los más obscuros rincones del cuartucho; y la dueña, viéndole tan hosco y taciturno, le tomó cariño y, por lástima, le conservó á su lado.

Oso crecía. Una tarde subió á la pared limítrofe del huerto, y quedó estupefacto de las perspectivas que desde allí se dominaban, del aire que libre y juguetón le rozaba el lomo, de los perfumes y la luz del ambiente apacible. Otro día se aventuró más lejos.

Después su vida se deslizó como el chorro de la fuente del huerto: monótona y tranquila.

Envejeció. Volvióse cojo. Y se hizo triste. Era de verlo, en las tardes apacibles, mientras la viejecita de cabellos blancos remendaba sus viejísimos trapos sentada en una silla de enea, baja y paticoja, á la puerta de su bohardilla, llegarse lentamente, cojeando, á tomar lugar en la canasta de los trapos por remendar.

Oso no tenía en el mundo más amigo que la viejecita. Y la viejecita no tenía más eompañero que **Oso**. Se amaban easi como madre é hijo. Cuando ella le acarieiaba, **Oso** entreeerraba los párpados voluptuosamente, y sus pupilas enigmáticas y verdes, eomo piedras de hechizo, se eonstelaban de fugaees y pequeñísimos puntos de oro, como las aguas al cruzar por encima de ellas una lluvia de estrellas errantes....

Se dijera que existían extrañas y profundas afinidades entre aquel gatazo viejo y aquella viejecita cuya inteligeneia era la de un niño...Pero de un niño grande. Eran dos pobres seres indefensos y buenos que el Destino, el sabio Destino, había juntado. Ella había sido madre y los hijos la abandonaron. El había sido padre y los suyos también le abandonaron, eomo era natural...

Pero ni ella ni él se entristeeían por esto. Una intuieión oculta, quizás, les hacía saber que su tributo á la Natura estaba pagado y que la vida no esperaba ya nada de ellos...Eran despojos, escoria, sobras...Y vivieron así. La viejecita remendaba sus trapos y **Oso** dormía. El sol de su existencias deelinaba lenta y apaeiblemente, como en un breve crepúseulo del verano...ó como el hilo de agua que se cae en la roca exhausta...

Un día la viejecita no salió á eoser sus trapos á la puerta de la bohardilla, frente al huerto....Y **Oso** no pudo ir á oeupar su sitio en la canasta de los trapos viejos. La puerta se eonservó cerrada. **Oso** rondó en silencio, taciturno, arrastrando su páta enferma, lamentablemente...

Y había en aquel animal taciturno, una inmensa melaneolía senil que oprimía el eorazón..Nadie se fijó en él.

En un ataúd de pino se fué la viejeeita á la eiudad tranquila y silenciosa, en que habitan esqueletos las pequeñas easas blaneas... **Oso** no podía ir allí..

Una mañana dijo la cocinera:

—Hace días que ya no se ve á ese gato asqueroso como su dueña. ¡Bendito sea Dios que nos ligró de él!

Un chiculeo llegó eorriendo:

—En el pozo ciego del huerto se vé una cosa blanca, como un conejo....

Fueron á ver. La cocinera curiosa, se inclinó en el broeal y miró:

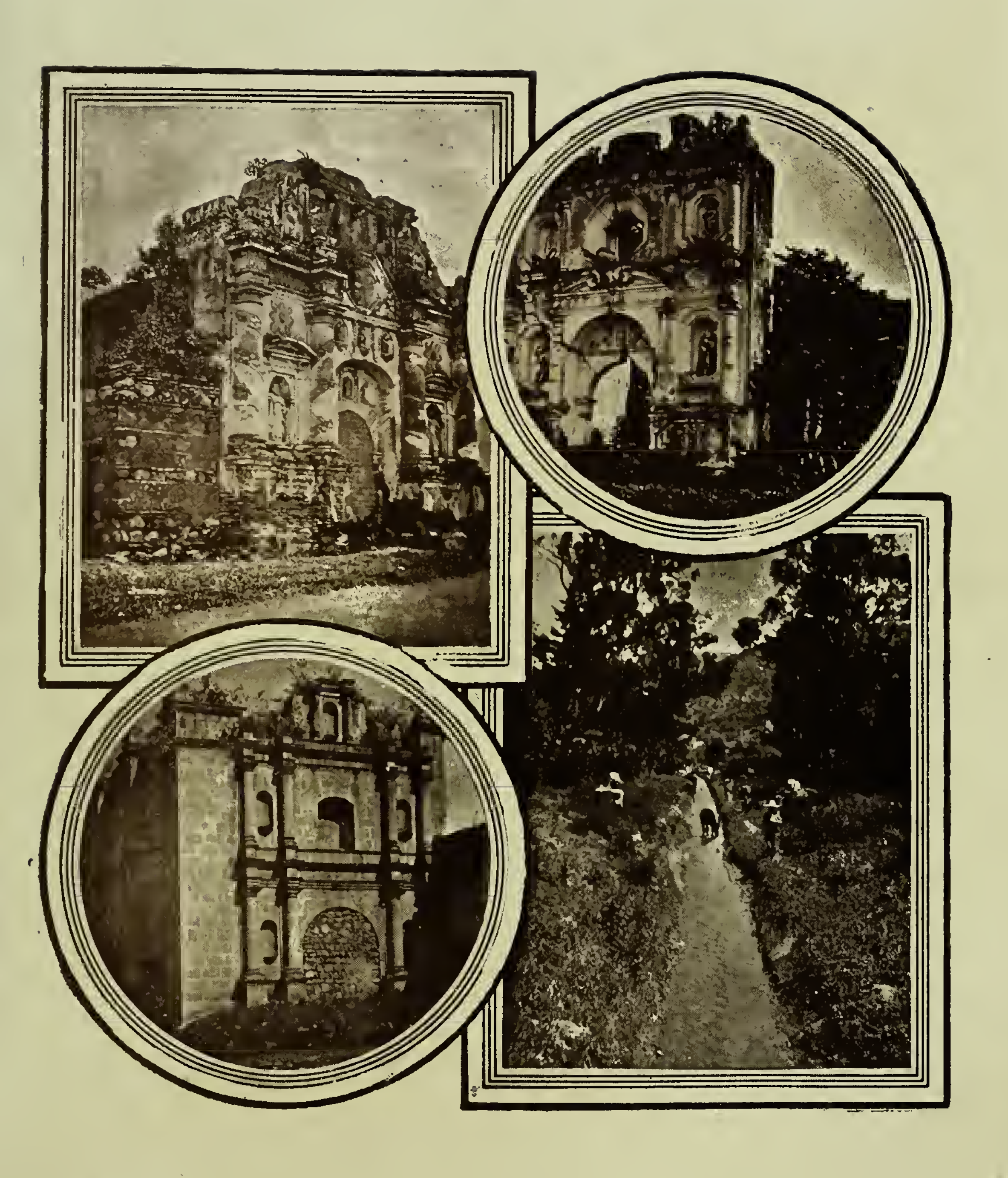
—Debe ser **Oso** que ha caído...

—Hay que sacarlo—observó uno.

—No, ya debe de haber muerto. —Y se alejaron de allí.

Carlos Wyld Ospina.

1910.



Fot. Yas, Antigua G.

Iglesia del Espíritu Santo — Iglesia Capuchinas

Iglesia Dolores — Paisaje de El Pensativo



LA CANCION DEL SAPO

POR FLAVIO GUILLEN

Obscuridad arriba y silencio abajo. Entre el fleco de una nube rajada por relámpagos, un lucero agonizante plateaba la lámina ondulada del cenagoso charco.... del charco fétido que lanzaba burbujas de gas pútrido como hijos de una indigestión de cieno.

Al rededor, enfilados de dos en dos, los sapos, acurrucados, entonaban su grito pertinaz, en coro bronco, monótono é invariable. Era un sólo monosílabo, impronunciable é inescribible; cada uno parecía tratar de sobresalir ahogando el sonido de los otros. Sólo el trueno redoblando, podía borrar momentáneamente la lúgubre estridencia de aquel tenaz cantar,- escándalo en la solemne quietud de la media noche.

Era el canto de la abyección, la oda del reptil, el himno de las tinieblas.

Todo dormía ó callaba. Los ruiseñores en las copas, no osaban alternar sus notas de cristal con las bajas cadencias de los batracios. Los senzontles, trovadores de la luz, soñaban con armonías de oro, esponjados en sus nidos, y las alondras desesperadas por la tardanza de la aurora, abrían los ojos de ágata, sacando debajo del ala las breves y menudas cabecillas.

Y los sapos, adueñados de la noche, persistían en su cántiga atormentadora. Era que glorificaban la obscuridad desde su reino de lodo....

¿Comprendéis ya mi parábola?

El charco puede ser un pueblo; la media noche el nadir de la libertad, y los escuerzos, todos los menguados que ensalzan la tiranía.

Si en esa tenebrosidad sois nubes, relampaguead, si sois estrellas, platead el pantano, y si truenos, callad á los miserables. Pero si vuestra voz puede ser apagada por los sapos, esperad la aurora, que el derecho resplandeciente, no tardará en amanecer.



Quince años!.... Cuántos años han pasado desde ese Enero. Porque han de saber que de esos benditos treinta y un días solamente podíamos usar quince para matricularnos en el Colegio; y la matrícula, siendo una ritualidad tan sencilla, pone fin, en seco, á la alegría de las vacaciones, con la misma nota de autoridad que la palmada del dómine deja inmóviles á los niños cuando los sorprende en flagrante delito de "desórdenes". Sin embargo, algo había de sonriente en esa pena de la vuelta al Colegio; ese algo desgraciadamente ya no existe; el mundo se ha puesto muy serio en un término en que según nuestro deseo, todo debería tener todavía la movilidad de las golondrinas; hay que lamentar así mismo la derrota efectiva de nuestras costumbres, ayer, la regla; hoy, la excepción y para mayor tristeza, la excepción ridícula.

* * *

Volviendo al colegio, quince años ha.... fué forzosamente una mañana de Enero, forzosamente también, fría; las manos en los bolsillos, la nariz húmeda, un gran pañuelo en el cuello (con la particularidad que este pañuelo fué anudado aquella mañana por nuestra madre) las piernas entumidas y el alma también.

Los pinares iluminados en las puntas daban la imagen de pirámides bicolores con el vértice naranjado y la base verde; el sol subía lentamente, y rozando lo alto de los montes, empinándose sobre las cumbres, echaba su luz sobre la cañada por donde, ocho caballos, hacían subir la diligencia. Sobre las veredas, cubierto el piso de arena blanca, bajaban los indígenas madrugadores, haciendo un ceceo rítmico que se me antoja la nota de su vida, tal es de monótono, de trabajoso, de inexpresivo.

En lo hondo, rumores de agua que se escurre y crepitaciones de insectos.

Habiéndose tornado penosa la subida, para alijerar la carga y desentumir los miembros, algunos pasajeros se bajan, se apean, esta es palabra consagrada; el auriga grita, agita en su mano izquierda un haz de riendas en tanto que su derecha con singular habilidad hace chasquear el látigo estrepitosamente; las señoras grandes rezan, los niños duermen, los estudiantes van tristes y van alegres, algo se deja y algo se espera. Acaso ese muchacho hilvana sus proezas para deslumbrar á sus compañeros en los próximos corrillos y acaso.... hay tantos acasos. De pronto en la soledad de la mañana, entre los rumores del despertar, cuando el cielo luce todavía los colores del crepúsculo matinal, sube de lo profundo, asciende sobre los flancos, se

alza de entre las ramas, y llega á nuestros oidos, la música inimitable, dulcemente grandiosa del guardabarranca.... ; la selva de coníferas da á nuestras pitituarias el olor de su bálsamo.

Pronto se llega á los planes y el carruaje corre, no, corría, corría, hasta perderse, hasta ocultarse y confundirse con la polvareda que es como si dijéramos, el tributo de envidia que el camino descuidado alza al paso de algo que se mueve.

Así volvíamos, á nuestra alcoba de colegiales, quince años hace, amando á la Naturaleza.

* * *

Pero han pasado los años y han concluído juntamente con el motivo, la poesía; hemos cambiado el estrecho límite de la aula querida por otra que no nos es indiferente por que nos inspira desconfianza el mundo; donde solo hay una maestra, la vida, y se aprende una sola lección, el dolor.

No venimos más, vamos siempre y donde quiera que el trabajo nos llame, el dómine de la necesidad nos enseña que esta ciudad, aquel campo, ese taller y aquella oficina, no son sino departamentos de una misma heredad, la tierra, en la que vivímos y morimos, siendo eternos aprendices.

* * *

Ocho caballos jadeantes son ahora un anacronismo; el ideal, del momento por lo menos, es ir, volar, perderse, ser sombra que cruza la calzada ó cuerpo que intercepta la luz instantáneamente sobre un punto; en otras palabras, cambiar la diligencia por el auto que vence las distancias en la tierra, ó por el aeroplano que reina en el aire.

Ir hoy á la Antigua, bajar por la calle del Arco, cruzar el Pensativo y no percibir de él sino el reflejo de la luz como si fuera un guijarro de silex que brilla al sol á nuestro paso, recibir la grita de los chicos y la muda admiración de las ventanas derruidas, que semejan en esas ruinas altas y musgosas, las cuencas vacías de una calavera.

Luego, cruzar la ciudad, sorprenderla en la somnolencia morbosa que sufre desde el día fatal en que comenzó á hacer el papel de gran dama venida á menos; molestar la pitituaria del paisano con el tufillo de la gasolina, detenerse á la plaza que tantas grandezas ha visto, hacer vibrar la sirena y luego de convencerse que los muertos nó oyen el progreso, que los vivos parecen insensibles, correr á toda velocidad viendo á través de los anteojos ahumados el esqueleto de la grandeza pasada, y en el horizonte, la grandeza eterna, los volcanes, que velan como lacayos fieles, el sueño de la dulce señora que fue un día á sentarse en el Panchoy florido.

ED. AGUIRRE VELASQUEZ.

1910.



QUIRIGUÁ

En el corazón de la siempre verde selva tropical, donde todos los árboles tienen adornos de parásitas y orquídeas que cuelgan de sus ramas, están las Ruinas de Quiriguá. Ruinas, en el verdadero sentido de la palabra, no lo son; porque á pesar de los siglos que han pasado sobre las cabezas de estos antiguos dioses, que por muchos años fueron honrados y adorados, y que por otros muchos han estado abandonados (¿quién sabe cuando ni porqué?), en el silencio y el olvido, todavía conservan sus rostros tranquilos, y los dibujos esculpidos en las piedras que encierran su historia están muchas veces tan claros como cuando fueron hechos, con instrumentos de piedra, por el escultor maya. Quiriguá, gracias al ferrocarril del norte de Guatemala y á la "United Fruit Co.," es hoy accesible á todos los que puedan caminar á pie una milla. Se puede alquilar mulas ó caballos en "Los Amates," estación de ferrocarril que dista dos millas de Quiriguá, pero yo tengo para mí que una milla á través de las sendas sombrías de nobles y elevados corozos, con flores extrañas y bellas mariposas volando en todas direcciones, bien vale la pena de andarse á pié, y es un preludio á propósito para la visita de las ruinas. Quiriguá está á 56½ millas de Puerto Barrios; si Ud. parte de ese puerto, tiene que tomar el tren á las 6.30 a. m., para estar á las 10 a. m. en la estación de Quiriguá. Hay tiempo de sobra para visitar las ruinas y volver á la estación á las 4 p. m., á tomar el tren. Dentro de pocos meses estará concluido un ramal de la línea que pasará tocando el espacio donde se encuentran las ruinas. El área que cubren las "stelas," montículos, etc., es de 75 acres, que la Unión Frutera ha puesto generosamente á la disposición del "Smithsonian Institute," para sus investigaciones geológicas. Los espacios donde se hallan las grandes piedras, han sido, recientemente, limpiados de árboles y malezas, (bajo la dirección del Dr. Edgar Hewett, del Instituto Arqueológico de América), y tienen un fondo magnífico de bosques. Los monumentos están en dos grupos distintos—el primero, en un ancho espacio cuyos lados están, prácticamente, encerrados en una herradura de tierra y de rocas, que es más alta en su centro que en ninguna otra parte y disminuye luego á uno y otro lado, sostenida, ó más bien circuida por bloques oblongos de piedra. En el centro de esta pared en forma de herradura, hay escalones (también de piedra) por los que se puede subir á su parte superior. Caminando hacia la derecha, sobre el muro, se ven dos cámaras, que talvez serían en otro tiempo las habitaciones de los sacerdotes. Alineadas dentro del recinto, hay grandes masas de piedra esculpidas; una imita la cabeza de un toro, otra es una tortuga, (el emblema de la noche) y hay una gran piedra circular, que trae inmediatamente á la imaginación la palabra "Calendario." Una curiosa figura que hay en el centro, que parece "Burmese" en su postura y sus adornos, tiene alrededor doce estrías;



Fot. Yas.— Antigua G.

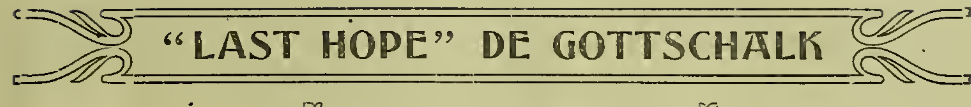
Escuela Nacional de Niños.— Iglesia El Carmen.

pero lo más notable en toda esta parte es la gran "Piedra de los Sacrificios." Tiene una forma rudamente cuadrangular y está bellamente esculpida. Se ha conservado bien á través de los siglos. El dios esculpido en su cara de frente sostiene en la mano derecha un bastón, del cual cuelga la figura de un hombre con plumas en la cabeza (Quetzalcoalt, "la serpiente adornada con plumas de quetzal"). Este símbolo de bastón y hombre se repite constantemente en los otros dibujos, como se ve en las fotografías. Subid á la mesa superior de la Piedra de los Sacrificios y podreis figuraros las escenas que pasaban en este mismo lugar hace 2.000 años—el tiempo que, según se calcula, ha transcurrido desde la erección de las monumentos de Quiriguá. El que se acueste en la posición que se supone adoptaba la víctima para ser sacrificada, podrá formarse una idea más viva del pasado: la cabeza descansa en un racimo de uvas dibujadas en bajo-relieve: un canal profundo se abre bajo el cuello y corre bajando por el frente de la piedra: la espalda descansa sobre una parte de ésta, que es algo elevada, de manera que se levanta el pecho en buena posición para ser herido por la navaja del sacerdote, y hay ranuras para que descansen los brazos extendidos. Bajo la cintura hay otros canales, que sugieren ideas de cosas espantosas, y parece que se ve correr todavía la sangre de las víctimas. Cerca de allí hoy dos montículas, uno de los cuales es mucho mayor que el otro, y, según sabemos, no han sido abiertos nunca. Se supone que son sepulturas, pero, cuando sean abiertos, bajo la dirección de los arqueólogos, el resultado será muy interesante, y sin duda alguna hará luz en la fascinadora historia de esos pueblos antiguos. El segundo grupo de piedras es lo que talvez podríamos llamar la plaza, porque están colcados de manera que forman un cuadrado. Estos monumentos son "stelas," y se levantan unos 25 pies sobre el suelo, debiendo estar enterrados lo menos unos 12 ó 15 pies, porque en un suelo deleznable como el que los sustenta, se necesita una inserción profunda para mantener los monolitos en posición. Una piedra, que está caida, es la única que tiene los jeroglíficos esculpidos diagonalmente. Las ilustraciones adjuntas muestran la belleza del trabajo, aunque ni la fotografía ni el dibujo pueden copiar exactamente las figuras. Con pequeñas variaciones, el diseño de todas las "estelas" es el mismo. Al frente está una figura con cara de expresión plácida y tranquila adornada con barba egipcia y cubre-cabeza al uso de los mongoles. Se ven otras caras, y con frecuencia, la de un león, en la base del monumento. Los muñecos tiene grandes pulseras y aritos, y por regla general tienen en la mano derecha un bastón del cual cuelga la figura de un hombre. Es de creer que al abrir los montículos aparezcan algunos de estos adornos, pues el artífice indudablemente pintó las cosas que estaba acostumbrado á ver. Lo que llama la atención es que no se ven armas ni representaciones de guerra. Todo es allí pacífico y se ve que el escultor se preocupaba de asuntos religiosos y simbólicos y no de ideas guerreras. Aparte de la piedra de los sacrificios no hay nada que indique ideas de ferocidad (¿y quienes somos nosotros, que tenemos tantos hechos de barbarie registrados en la historia de las celtas y anglo-sajones, para llamar sanguinarios á los indios

antiguos?). La sangre y la ferocidad existen en las historias de todos los pueblos, y no debemos tirar piedras al tejado del vecino, cuando es de cristal el nuestro! Cada stela tiene esculpidos gereoglíficos cuya clave no se conoce, y cualquiera siente vivo anhelo de penetrar sus secretos. Según la opinión autorizada del Dr. Hewett, los jeroglíficos de la parte supêrior pueden ser interpretados; son fechas, y dicen que los que están abajo relatan historias que pasaron 3.600 años antes de que se les esculpiera, refiriéndose á nueve períodos de 400 años cada uno. Parece que los monumentos fueron erigidos hace 2.000 años, pero se refieren á historias que pasaron mucho antes. Detrás de las piedras, hay frencuentemente los mismos jeroglíficos inescrutables, en bajo relieve. El que se detenga ante cada monumento admirará el trabajo, considerando que cada curva fue cortada con un cuchillo de piedra, y que el trabajo de modelar y transportar las grandes piedras, de las que las mayores pesan 45 toneladas, se hizo sin ayuda de las máquinas. Aun no se sabe donde estuvieron los canales artificiales por donde fueron transportadas estas piedras, en balsas de madera, desde las canteras que están á dos millas de distancia. Al regresar lentamente á través de las sombríos bosques, uno no puede menos de decirse á sí mismo: "¡Cuan ignorante soy!" y entonces Ud. comprenderá que esta misma ignorancia tiene sus encantos, y que debe alegrarse de que los misterios del pasado no se puedan conocer facilmente como las noticias que dan los periódicos de la mañana; se alegrará Ud. de que estos hechos pasados tengan el encanto de lo desconocido, y que el pasado de estas razas, como el futuro de la nuestra, esté "sobre las rodillas de los dioses."

LILIAN E. ELLIOT.





"LAST HOPE" DE GOTTSCHALK

PARA "EL HERALDO" DE GUATEMALA

La Ultima Esperanza revela en sus melancólicas notas toda la tristeza, todo el sentimiento del hecho que le dió origen. Este suceso ha inspirado la laureada pluma de Gustavo Choquet, el cual, como prefacio ó introducción á la obra de Gottschalk, ha publicado una tierna narración de la historia de *La Ultima Esperanza*. He notado entre el relato de Choquet y el mío algunas variantes; pero aparte de que éstas no son esenciales en la verdadera naturaleza del suceso, y sin querer por esto sospechar de la veracidad de aquel escritor, no puedo yo aceptar en estas líneas todas sus afirmaciones, porque la narración que ahora escribo, la oí de los propios labios de Gottschalk en la forma que la doy á luz.

He aquí la historia.

Antes de que fuera presa de las llamas aquel palacio flotante de oro y de cristal conocido en el Río de la Plata con el nombre de vapor *América*, tomamos pasaje en él, para Buenos Aires, un día del mes de febrero de 1868.

Serían las cinco de la tarde cuando Gottschalk y yo pisábamos la cubierta de aquella coqueta nave. Levóse el ancla, lanzó su penetrante silbido el vapor, giraron las colosales ruedas en sus tambores, y la doble estela empezó á cruzar las verdosas aguas de la bahía de Montevideo.

Las primeras horas de la travesía pasaron en tomar posesión de nuestros camarotes, en comer, en fumar, en trabar conversación con los pasageros, y, finalmente, en todos los preparativos de costumbre, para pasar lo más agradablemente posible las ocho horas de travesía entre las capitales de la Banda Oriental y de la República Argentina.

Unos sólo pensaron en dormir; algunos en organizar partidas de ajedréz, de tresillo ó de wist; otros, los filarmónicos, en instalarse junto al piano del gran salón, en donde recuerdo que hacia las delicias de la concurrencia una ardiente trigueña, tocando con verdadera maestría composiciones de los más aventajados maestros.

Entrada ya la noche, noté que había desaparecido de la tertulia musical mi compañero de viaje. Fuí en su busca, tardé en encontrarle, y dí con él sobre cubierta, á popa, sentado negligentemente sobre un rollo de cabos, cerca de la caña del timón.

Dirigile algunas palabras, y no me contestó.

Comprendí en seguida que Gottschalk se encontraba absorto en uno de esos momentos de melancolía y aislamiento tan frecuentes en la vida. Sentéme á su lado, sin querer interrumpir ni un instante el curso de sus meditaciones.

La hora era solemne. La escena imponente, por lo bella y lo grandiosa.

El vasto cielo asemejaba un terso cristal de un azul incomparable. El coloso de los ríos americanos ofrecía á la vista un brillante lago de luz fosforecente, cuyas moléculas de fuego chocaban y se reproducían en miriadas de chispas, entre los círculos y arabescos de la estela trazada por el *América*.

El espectáculo era tal, que ninguna pluma es capaz de describirlo. Diríase que todos los ruidos del silencio, toda la quietud del movimiento, todos los fulgores de la obscuridad, y todas las sombras de la luz, habíanse concertado en aquellos momentos para rodear la espléndida nave, que, como acuático fantasma, deslizábase entre las de dos tierras regadas con la sangre de millares de héroes, y enriquecidas por todos los progresos de la libertad.

La atmósfera que me rodeaba y el espectáculo que presenciaba, acabaron por sumirme también en un océano de reflexiones, cuando vino á despertarme de su confusión la voz de mi amigo.

—¡También ella! exclamó.

Miré á Gottschalk, y en aquel momento ví que separaba su lánguida mirada de las aguas del Río de la Plata, para fijarla en mí.

—¿Ya has regresado de tu viaje? le pregunté con acento de reproche.

—Ya he vuelto, me contestó sonriendo. Ya he vuelto de las Antillas.

—¿De las Antillas?

—Si amigo mío; de las Antillas. Allí tuvo á bien volar mi fantasía, pues también allí he visto demostrado que mi errante carrera sólo está formada de recuerdos. En el libro de mi vida todas sus hojas son recuerdos que pasaron. No hay una sóla impresión profunda que sea del día de hoy. Todas tienen escritas el día de ayer. Hasta en las Antillas, ha muerto la mujer que más he respetado y querido después de mi madre.

—¿Con la misma pureza? me atreví á preguntarle.

—Con la misma pureza! me dijo dando á sus palabras un acento de solemnidad y de tristeza difíciles de comprender. Oye y te convencerás de ello.

Gottschalk cambió de posición, tendió una lánguida mirada en torno nuestro, como para asegurarse de que nadie nos oia, y me habló de esta manera:

Durante los últimos meses de 185....encontrábame en Puerto Rico, en donde era objeto de todas las atenciones y aprecio de la sociedad elegante de la capital de aquella isla: figuraba en el número de mis relaciones una joven y respetable señora, viuda hacía años y perteneciente á una de las más distinguidas familias del país. Tenía un hijo único, guardia marina en los buques del Estado, que á la sazón peleaba por la patria en climas muy remotos.

Dicen que yo tenía una portentosa semejanza con el joven ausente, y esta coincidencia quiso que la pobre señora mitigara en algo el dolor de la separación, profesándome un cariño maternal, que fué tomando mayor incremento con el trascurso de los días.



Fot. Yas.—Antigua G.

Iglesia San José.— Mayoría de Plaza.— El Hospital.

Una tarde, la acongojada señora recibió una carta procedente de la escuadra española en que peleaba el único ser que constituía su familia y su esperanza. Aquel papel contenía la noticia de que el joven guardia marina había sido destinado á una expedición de gran peligro. La pobre madre abrió ávidamente la carta delante de mí, y prorrumpió en amargo llanto, cual si fuera arrancado por el más cruel de los presentimientos. Desde entonces la acongojada señora cayó en un penoso abatimiento, temerosa sin cesar por el hijo de sus entrañas.

Traté de consolarla; pero como esto llegó á ser imposible, acabé por no separarme de su lado por más tiempo que el necesario para mis estudios y conciertos.

Mi compañía fué, por último, el único lenitivo al dolor de la triste señora, la cual mitigaba sus cuidados y alentaba sus esperanzas, contemplando mi asombroso parecido con el joven marino.

En tal ansiedad, y entre tantas angustias, transcurrieron algunas semanas, hasta que el hado cruel fué á clavar sus dardos emponzoñados en el corazón de la desgraciada madre.

Un segundo billete llevó al hogar del guardia marina la noticia de que había sucumbido en los combates. El dolorido corazón de aquella infeliz mujer que le había dado el sér no tuvo fuerzas para soportar tan irreparable golpe; y desde aquel día, la desgraciada señora sumióse en una lenta agonía, cuyos sufrimientos la postraron para siempre en el lecho.

En los momentos de lucidez que le dejaba su febril delirio, continuaba siendo yo su pasajero consuelo: ninguna noche se pasaba sin que me suplicara le hiciese oir los trozos más melancólicos de mis composiciones

El piano fué instalado junto á la cama de la enferma, y en él trataba de arrancar las notas de mayor consuelo y dulzura que mi corazón podía inspirarme. No sé si llegué á lograrlo, pero puse todo mi esfuerzo en conseguirlo. Ni una noche pasaba sin que el divino arte de los sonidos adormeciera el alma transida de la inconsolable madre, la cual cerraba sus ojos mirándome, como deleitada con la vista de las facciones de su hijo, tan maravillosamente retratadas en mi rostro.

Las noches en que me debía al público; aquellas en que mis conciertos me llamaban al teatro ó á los salones, era imposible sosegar á la desgraciada enferma. En medio del más desgarrador delirio, evocaba el nombre del perdido hijo, y me llamaba sin cesar. Yo, por mi parte, después de los aplausos de mi auditorio, volaba al lado de mi desgraciada amiga, para mitigar los dolores de su alma, repitiendo las obras que mayor ovacion acababan de conquistarme.

Pero llegó un día en que los sufrimientos de la desgraciada señora tocaron á su fin; día en que los recursos de la ciencia médica fueron agotados; y en que mi pobre inspiración debía adormecer para siempre los dolores de aquella desconsolada madre......

Jamás se ha borrado la solitaria lágrima que ví correr por la mejilla de Gottschalk, al llegar á este punto de su relato.

¡Ah! cuan pronto debía él también acabar aquella existencia tan llena de hidalguía y de talento!

Recuerdo aún la voz entrecortada con que el gran artista me decía, hablando de los últimos instantes de su desgraciada amiga:

—Puedo jurarte que aquel día ha sido el más triste de mi existencia.

No podría seguir el relato de Gottschalk con sus propias palabras, porque en esta última parte, el sentimiento ahogaba sus frases, llenas de incoherencia y de interrupciones. Todas ellas venían á decir lo que sigue, según la impresión que las palabras de mi amigo grabaron en mis facultades.

La habitación de la moribunda estaba bañada por la tibia y dudosa luz que á través de una oscura pantalla arrojaba un quinqué colocado sobre el piano del artista. Este permanecía de pie junto al lecho de su amiga. La desgraciada madre, desconocida por las huellas del dolor, tenía sus grandes ojos negros clavados en el rostro del pianista, como para evocar con toda la fuerza del último soplo vital, la imagen del hijo idolatrado, que murió como bueno en defensa de la patria.

Un facultativo permanecía grave y silencioso á algunos pasos de distancia, mientras una vieja esclava oraba de rodillas ante la imagen del crucificado del Gólgota.

Nada ni nadie turbaba el recogimiento silencioso de los cuatro personajes que componían tan triste escena. El espíritu de la muerte cernía sus invisibles alas entre la atmósfera de aquel aposento, mientras la sublime idea de la eternidad pesaba en la conciencia de cuantos en él se hallaban.

De pronto abrióse la puerta de la mortuoria estancia, para dar paso á los ministros del Dios de los católicos. El imponente viático, ese último consuelo de los que nada les queda que esperar del mundo, fué administrado en medio del mayor recogimiento.

La pobre madre, al prepararse para la comunión, extendió sus descarnadas manos hacia el artista, y dirigiéndole una penetrante mirada, balbuceó, haciendo un supremo esfuerzo:

—Gottschalk, hijo mío, tocad una de vuestras melodías, mientras yo me entrego á mi *última esperanza!*

No dijo más.

Todos se conmovieron, y Gottschalk, bañadas sus mejillas en abundantes lágrimas, retiróse del lecho lenta y silenciosamente y sentóse al piano. Concentra su gigantesco genio en el fondo de aquel gran corazón, dolorido por la escena de que forma parte, y halla en él un tesoro de armonía, un poema musical que va traduciendo en inspiradas y sublimes frases, al recorrer la mano sobre el teclado de su instrumento favorito.

Pronto el raudal de melancolía melódica que produce su genio va apoderándose de cuantos le rodean. La enferma recibe con recogimiento su *última esperanza*; cierra paulatinamente aquellos párpados que no abrirá jamás; y por último, exhala un débil suspiro de despedida al mundo de lo finito, para volar á la región donde jamás suena la hora de la caducidad.

Todos los que han presenciado el término de aquella existencia lacerada, quedan por largo rato abismados en las más tristes meditaciones, y mientras tanto, las célicas notas, producidas por las pulsaciones de

Gottschalk, van extinguiéndose con lentitud, para perderse en los ligeros y vaporosos sones que concluyen, como el suspiro de un moribundo, la composición nacida en una atmósfera de muerte.

Diríase que Gottschalk quiso hacer de *La Ultima Esperanza* un trasunto del paso de un espíritu desde la tierra á la vida infinita.

Hay en sus compases algo de una inspiración sobrenatural que no han llegado á comprender muchos de los que pretenden interpretarlos. Hay en sus notas una delicadeza tan espiritual, que para saberla apreciar en todo su valor, no basta ser pianista; es necesario una cultura exquisita ó la sutilidad y doble vista del genio.

Este es el genuino carácter de la obra que he tratado de historiar.

Tal es el origen de una composición musical del malogrado Gottschalk, cuya historia he oido de sus propios labios en horas de melancólica confidencia y que más tarde publicó bajo el título de *Last Hope* (La Ultima Esperanza.) Esta melodía ha sido siempre para su autor un manantial incesante de tristes recuerdos y tiernas emociones. Por ella mostró siempre el principe de Gales (después Eduardo VII,) una predilección especial; ha obtenido en Inglaterra, Alemania y Estados Unidos un éxito indescriptible; y ha merecido y ha sido siempre una de las que más aplausos ha conquistado á su autor.

Debo terminar estas líneas haciendo notar al lector que hace muchos años, durante mi permanencia en Cuba, el día 20 de octubre de 1879 se publicó en el diario "La Discusión" de la Habana, y bajo nombre anónimo, una relación del origen de *La Ultima Esperanza*, distinta de la que acabo de narrar. Como su autor es anónimo;—como no expresa el origen de los datos que le sirven de base;—como el relato que antecede está tomado de los propios labios de Gottschalk;—y como está conteste con el fragmento publicado hace muchos años en París por Mr. Gustavo Choquet, no hay ligereza en asegurar que el cuento publicado en el referido diario, no pasa de ser......un cuento.

Luis Ricardo Fors.



ESA ES LA GUERRA

I

En la pajiza choza, al sol poniente
de mayo florecido,
alza del suelo la rugosa frente
un hombre que, rendido
á mortal inquietud, doblarse siente
y al peso de los años que ha vivido.

En obscuro rincón, abandonada
con el viejo fusil está la azada
que tiempo atrás, en sus robustas manos,
cavó la tierra y fecundó los llanos.
Sin mango, enmohecido;
inútil en la inercia el ancho corvo
que, á golpes secos y á la vez seguros
dejó á los pies del labrador, tendido
el verde bosque al derribar sus muros.

En el lúgubre ocaso de la vida;
inmóvil y llorosa;
y al viejo corazón como adherida
la que fijó su amor, la dulce esposa
con él comparte las horribles penas,
el llanto y la aflicción, que están sus almas
ya de silencio y de cansancio llenas.

Pedro, el retoño que del viejo tronco
que al pie del árbol levantóse erguido,
una noche de horror, al eco ronco
de guerra repetido,
la choza abandonó, la huerta, el valle,
y en marchas caminando á la frontera
lejos se fue.... Partió.... ¿si no volviera
el hijo del amor?.... Que sufra y calle
el corazón de quien, dudando, espera.

¡ Pobres almas que gimen en la sombra
de la noche callada ! ¡ Pobres viejos,
á quienes el dolor recuerda y nombra
al hijo que tan lejos
de sus brazos se fue !....

¿ Qué mano atiende
si la suya faltó, la tempranera
verde siembra de abril que ya sofoca
la muchedumbre desatada y loca
de plantas que engendró la primavera ?....
¿ Quién á dientes de hoz siega y recoje
el heno en la pradera ?....

A la luz de la llama que se enciende
en el pajizo techo,
la ropa miran que del clavo pende;
miran también el solitario lecho
del hijo que se fue con los soldados,
y en el alma sintiendo mucho frío
aquellos pobres viejos, abrazados
exclaman sollozando: ¡ está vacío !

De sus ojos marchitos, entreabiertos,
las lágrimas secaron,
y de cansancio y de fatiga muertos,
al sueño, que es olvido, se entregaron.
Mas ella despertó.... y poco á poco
venciendo de los años la impotencia :
y me dormía, dijo,
sin ponerme de Dios en la presencia,
ni amparo demandar para mi hijo !....

Agotando las fuerzas que consume
lentamente la edad; que debilita
el intenso sufrir, anonadada
de rodillas cayó, y cual perfume
que exhala, deshojándose marchita,
la rosa por el ábrego azotada,
al cielo sube su oración bendita.

En el rústico altar que levantara
sencilla la piedad, y que de flores
pródigo adorna el perfumado huerto,
el que apuró la hiel de los dolores,
sobre la tosca cruz que le enclavara,
sus brazos abre silencioso, muerto !

De perenne candil, en limpio vaso,
los vagos, oscilantes resplandores,
tenues alumbran la divina cara
sobre el costado, pálida, cayendo,
cual entre nubes de sangriento ocaso
su rostro el sol, al declinar, va hundiendo.

A ese altar, pero con fe muy grande,
la triste madre llega,
y al que sublime en la montaña un día
á los pobres bendijo, á él le ruega,
no con palabras, no; con la porfía
del corazón que á su piedad se entrega;
no con palabras, no; con la tortura
que revela su rostro, con el llanto
que gota á gota al mar de su amargura
del alma va sacándole el quebranto.

¿A qué de repetidas oraciones
la fórmula buscar? ¿De qué se arredra
quien sufre las terribles decepciones
de la vida infeliz?.... Hasta la piedra
inerte, dura, si el dolor probara
¡ay! de la queja la expresión hallara!....

Y la encontró su corazón, y pudo
descender hasta el fondo
de su inmenso pesar, romper el nudo
que la palabra en su garganta ahoga,
y llena del recuerdo de su hijo,
con el acento de aflicción más hondo
sollozando decir al Crucifijo:

Ve, Señor, que la milpa amarillea;
que á Pedro lo han sacado,
en una triste noche, de la aldea,
diciéndole: soldado!
al rifle! al batallón! á la pelea!

Ve la grana en el huerto;
el hambre en el hogar, con ella el luto;
que al irse el hijo lo dejó desierto,
sin luz y sin amores,
cual árbol á quien roban, con el fruto,
las hojas y las flores.

Eres fuerte, Señor, y manso y bueno!
Bendice al inocente,
que á la maldad ajeno
y al mando ya de belicosa gente,
el alma busca al estallar el trueno,
y el alma llora, de la casa, ausente.

En la reñida lucha
que no le mate la ambición extraña,
ni el odio de los malos en la guerra;
que torne al verde campo, á la montaña,
á su nativa tierra;

á calentarse al avivado fuego
que para amarle el corazón encierra:
que rompa los abrojos,
y que sude y trabaje y siembre......y luego
que caiga entre mis brazos......te lo ruego
desgranados en lágrimas los ojos!........

Y tú me escucharás, porque piadoso
la carga alivias y tu yugo es suave......
Con el hijo, devuélveme el reposo!

De rodillas, Señor! Está cercano
el término postrero
y con grito de angustia, sobrehumano,
te dice mi clamor que verle quiero
tendiéndome los brazos,
antes que inerme dentro el pecho sienta
pararse el corazón, cuando los lazos
de la vida se rompan á pedazos
y el alma vuele á tí, de tí sedienta!

Que me vea morir, y no se aleje
hasta que muerta y rígida y tendida,
sea mi frente el ara
de abandonado altar; y allí que deje,
como adiós de suprema despedida
el beso de su amor, que si llegara
al muerto corazón, le diera vida!

Antes que el polvo de la aldea entierre
mis últimos despojos
que con las yemas de sus dedos cierre,
si no han de verle más, mis tristes ojos!
....
....

Y, terminada la plegaria, quiere
de nuevo comenzarla; pero en vano....
Débil la voz en su garganta muere;
se rebelan los párpados caídos
que, inútilmente la insegura mano
procura levantar, si los sentidos
torpes desmayan de sopor vencidos;
si el sueño, de su roja adormidera,
hizo que el filtro de quietud bebiera.

Sobre las tablas del humilde lecho,
en deshilada estera,
la pobre madre se quedó dormida:
Aprieta con la mano, contra el pecho
una cruz de madera
que cuelga del rosario suspendida,

y vese del hogar, á la vislumbre
una gota de llanto, limpia, clara,
cual perla de infinita pesadumbre,
rodar por las arrugas de la cara.

II.

Altivo, Pedro, silencioso y grave
de los primeros en cerradas filas
á la guerra marchó.

En sus pupilas,
negras como la noche, centellea
el sereno valor, la noble idea;
y tanto, tanto del honor se cuida
que ha de cumplir con él aunque le cueste
perderlo todo, hasta la propia vida.

¡Qué suave y persistente la fragancia
del encendido amor, que cual perfume
y delicada esencia,
en su alma no consume
ni del tiempo el poder, ni la distancia!
¡Qué tristes las semanas de la ausencia!
¡Qué firme la constancia
del acendrado amor que resucita
en él recuerdos tantos
de ya perdido bien y de consuelo:—
sus padres, el hogar, la blanca ermita
oculta entre los árboles y el cielo!

Pasan por él en sucesivas ondas
las visiones de ayer; la selva obscura,
los matorrales de tupidas frondas,
el verde llano y el picacho umbrío
á cuyas faldas, rápido murmura,
por entre cuencas de basalto, el río.

Cansancio sufre, privación, rigores
y al valle van los pensamientos suyos
en busca de los viejos labradores
que del hijo se acuerdan; que le lloran
y que en la choza, por el hijo ausente
arrodillados su regreso imploran
á Dios alzando la rugosa frente.

Y sigue el batallón en lentas marchas
las alas desplegando,
y al enemigo que la patria invade
sus huestes acercando.



Fot. Yas.—Antigua G.

Iglesia La Merced.— Iglesia Catedral.

Con el ojo avisor la descubierta
avanza ó retrocede;
y vigilante, alerta,
con el pesado mausser en las manos,
el centinela puede
guardar las sendas y barrer los llanos.
Cuando la noche cierra
el batallón extiéndese en el suelo
en cuerpos dividido,
reposo busca y fatigado duerme......
Dormir no logra Pedro. De la guerra
cual el motivo le demanda al cielo?
¿Qué causa el invasor habrá tenido
para regar de lágrimas la tierra,
la tierra en que ha nacido?......

Mañana, al nuevo sol, cuando cubiertos
de polvo y de metralla,
caminen nuestros pies sobre los muertos
al formidable choque en la batalla,
si somos vencedores,
ó si vencidos á la vez quedamos,
nosotros, infelices labradores
que todo lo perdemos ¿qué ganamos?......

Mañana, al regresar, el campo abierto;
entre cardos las siembras agotadas;
el hambre en el hogar, grama en el huerto
y chozas á la ruina abandonadas......

El triunfo ó la derrota
verán mañana mis inquietos ojos.
¡Qué bello adelantar, si al viento flota
el pabellón nativo,
y qué dolor, si á la bandera rota,
caída entre despojos
su adios envía el infeliz cautivo!
¡Qué bello disputarse la victoria
al filo de la espada;
hijo del campo ser y de la nada
alzarse hasta la gloria......!
....
....

En la cumbre del Jícaro resuena
metálico clarín......El enemigo
valles, recodos y recuestos llena
bajo las tiendas que le dan abrigo.

Rompe los pliegues de la sombra intensa
el rutilante sol de la mañana,
y ampliándose á la luz los horizontes
y desgarrado de la niebla el velo,
los empinados montes
besar parecen con su cresta el cielo!

Escenas no de amor, ni de alegría
el sol alumbrará que, como estruendo
de mar alborotado,
ya rueda la pesada artillería
la tierra extremeciendo:
al aire desplegadas
asoman las banderas,
relumbran las espadas
y ya descienden centenares, miles
de cautos y vistosos combatientes
que, armados de fusiles,
con kepis cubren las morenas frentes.

El duro casco los corceles marcan
sobre la grama que la tierra alfombra,
y piafan y relinchan
de la arboleda en la buscada sombra.

Ginetes van y vienen
de los jefes las órdenes llevando;
se cruzan, se detienen,
preguntan y responden;
y los soldados á compás marchando,
aquí se enfrentan, por allá se esconden.

Los parches, las metálicas cornetas
anuncian el combate.
Con bélico entusiasmo
el corazón de los valientes late;
y los rostros de algunos palidecen,
al contemplar, en el vecino monte,
armas y espadas que lucientes brillan
y enseñas rojas que los vientos mecen,
¡El enemigo! ¡El enemigo! exclaman,
y corren y se agitan:
los unos buscan y los otros llaman
y al adversario, desde lejos, gritan.

Después el orden, el mutismo grave,
la marcha por las breñas,
el sordo avance de ligeros pasos,
los toques y las señas,

la rabia y el coraje
y la pena, también, y el sobresalto
al tocar en los lindes del boscaje
de claridad y de senderos falto......
Y de improviso y luego,
por todas partes resonante y firme
oír se deja la palabra ¡fuego!

Las descargas después......después gemidos
de aquellos ¡ay! que por el polvo quedan
fracturados, heridos
y de sangre cubiertos,
y los ojos sin luz de los que ruedan
inmóviles y muertos!

La atroz carnicería
acrece más y más. El odio encona
el alma de los fieros luchadores,
á nadie se perdona,
á nadie dan cuartel, que vencedores
sobre el collado al enemigo estrechan....
Feroces llegan, suben,
sus pupilas de fuego se dilatan
al adversario que se oculta asechan
y con el plomo y con los sables matan.

Indecisa se cierne la victoria
del uno al otro bando,
que astuto el enemigo y replegando
su centro acometido,
la derecha á su vez, nos desbarata
y hacia el camino de Jerez dilata
sus huestes invasoras.
Trábase allí reñido,
duro combate que en sangrientas horas
rompe las filas, desordena, alcanza
cuadros enteros al fragor deshechos,
cuadros, que al golpe de enemiga lanza,
oponen la muralla de sus pechos.

Veloz caballería
se extiende galopando en las llanuras,
y truena, sin cesar, la artillería
de granadas cubriendo las alturas.

En vano la derecha reforzada,
sostiene el campo y detener intenta
el rudo avance que en la lid trabada
al invasor á la victoria alienta.

Precisa en retirada
al centro replegar el ala rota
del centro dividida,
ó convertir con recia acometida
en indudable triunfo la derrota.

Pedro iracundo, ensangrentado, ciego
de cólera y furor, Pedro persiste
en atacar tomando la ofensiva,
impávido resiste
en la línea retrógrada de fuego,
y alzando al humo su cabeza altiva
el entusiasmo de la tropa aviva.

Por bala de cañón, en dos abierto
cae á sus pies el capitán bizarro,
rueda luego el teniente
que allí de espaldas se desploma, muerto,
sobre un charco de lodoso barro,
rota en pedazos la tostada frente.

Pedro, que la catástrofe presiente
si nadie allí con el ejemplo manda,
al cadáver, veloz, se precipita;
rápido empuña el arrancado acero
y á la tropa que en huida se desbanda
"No más retroceder, cobardes, grita,
alzándose altanero,
No más retroceder!......El que prefiera
deshonrado morir; el que se espante
de miedo ante el peligro, y tiemble y quiera
su nombre envilecer, atrás se quede......
Nosotros, adelante,
al triunfo levantando la bandera!"

La llama de apagado patriotismo
de nuevo se engrandece.
¡Qué fuerza inquebrantable el heroísmo
difunde por doquier! Aviva, acrece
de patria el sentimiento
cuando á la par florece
cual rama del honor el ardimiento.

En choque, en confusión, en algo grande
que al heroico valor asombraría,
cómo se ve tras la bandera roja
que Pedro sacudía
la columna marchar!......Con qué denuedo
sobre el contrario, intrépida se arroja
al fuego de mortal fusilería!......
Corta el camino, á la hondonada baja,
los cerros sube y al contrario ataja.



Fot. Yas.—Antigua G.

Iglesia La Concepción.— Iglesia San Francisco.

Relata y juzga la serena historia
estos rápidos cambios de la suerte
en los sangrientos campos de batalla;
allí donde la muerte
tan de cerca se ve, do de victoria
el lauro apetecido
del genio siempre, y del valor ha sido.

Avanza la columna y triunfa y grita
tras Pedro que adelanta, y va certero
las filas arrollando
del invasor, que ya se precipita
en fuga y dispersión por el sendero.

Pedro, adelante, la bandera agita,
envuelto en el fragor de la refriega;
en alto siempre el fulminante acero,
y entre el humo de pólvora que ciega
y la lluvia de bombas que le alcanza
como león tras de la presa avanza!
....
....

Entonan los clarines
el himno de victoria,
relinchan por el campo los corceles
al aire dando sus lucientes crines,
y en cumbres y praderas,
al son de cantos y marciales voces,
se agitan las banderas
al aire desplegadas,
acuden los guerreros,
se envainan las espadas
y callan su dolor los prisioneros!

Así termina la infamante lucha
de hermanos contra hermanos!......
Los que huérfanos quedan;
las madres que sollozan,
las lágrimas que ruedan,
las viudas ¡ay que desoladas gimen
cuando el dolor y la congoja aumentan,
ni vencedores ni vencidos cuentan!......

Débil la llama en el ocaso aun arde
del moribundo sol......sobre la cumbre
del Jícaro sangriento,
á la postrer vislumbre,
crepúsculo fugaz de aquella tarde,
acribillada y rota
la insignia del honor al viento flota.

¡Oh Jícaro! tu trágica hondonada,
ejemplo en nuestra historia,
fué tumba y fué castigo
para quien rota allí dejó la espada,
audaz queriendo violentar la gloria.
De su valor la muerte fué testigo.
Paz á sus restos! paz á su memoria!

III.

Bajo los arcos de laurel ingresan
á la ciudad los ínclitos soldados:
á sus esposas los maridos besan,
los hijos por las madres abrazados
en torno vuelven los alegres ojos,
que están allí con ellas
las púdicas doncellas
de esbeltos talles y de labios rojos.

Aquel anciano de rugosa frente
que en el pajizo techo sollozaba,
que amarga y tristemente
al peso de los años se doblaba,
y la madre infeliz, que al crucifijo
con fé le demandaba
el regreso del hijo,
estaban entre aquella muchedumbre,
de hito en hito mirando
los rostros, las facciones
de cuantos iban á la vez pasando.
Sus pobres corazones
llenos de fé y de esperanza llenos
acordes palpitaban.
Con ojos penetrantes
buscaban y buscaban,
ansiosos, anhelantes,
al hijo en que sus almas se miraban.

Para Pedro traían
la limpia ropa, el generoso vino,
una corona de laurel y flores
de aquellas que se abrían
en el huerto, llenándolo de olores.
....
....

Se fué cubriendo de matices rojos
el sol en el ocaso,
y fué muriendo entre la sombra el día
y fué cesando de la gente el paso.

¿Qué de Pedro sería?
¿Qué suerte le tocó? ¿Herido acaso,
ó muerto sobre el campo quedaría?......
....
....

Poco tiempo, después, en abandono
aquel pajizo hogar se vió desierto.
Alta creció la grama,
la hierba y los zarzales
en los cuadros del huerto
llenos ayer de dalias y rosales.

Uno tras otro día, y de mañana,
la gente que pasea
por los amenos valles,
fúnebre y lentamente la campana
oye doblar en la vecina aldea;
ve también por las calles,
flacos, descoloridos
y en las toscas muletas apoyados,
aquí pobres heridos,
allá los amputados
en la miseria irreparable hundidos.

Al darse cuenta del mortal tributo
que exije la ambición al inocente,
al contemplar el luto
en los hogares de la humilde gente,
y al escuchar la fúnebre armonía
del doble conque anuncia la campana
las preces y el oficio
que por los muertos la piedad cristiana
celebra gravemente,
colérico maldice
el crimen de arrastrar al sacrificio
las huestes ¡ay! de muchedumbre insana,
y apostrofando dice:
¡Oh mi nativa tierra!
¡Oh pobre patria mía!
¡Oh pueblos aprended: *¡Esa es la Guerra!*

1907 M. A. Urrutia.



Amores Trágicos

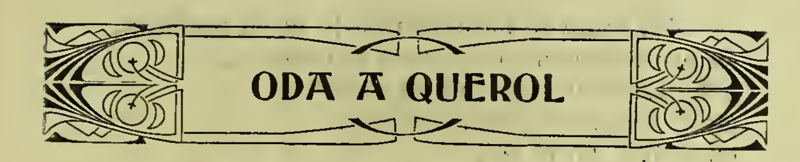
Alta noche. Llega el príncipe á casa de su amada, buscándola inquieto porque el corazón—ese loco autor de tantos dramas—le ha dicho al cruzar las calles desiertas de la corte unas palabras misteriosas que presagian el dolor. La llama en vano: el silencio y las sombras reinan en la casa. Descorre al fin el rojo cortinaje de la alcoba y hay entonces un minuto de trágica expectación que termina en un rugido pavoroso. Tendida en tierra en un lago de sangre yace la dulce amiga que con sus besos coronara la frente de aquel hombre que ceñir debiera la corona de los reyes. El puñal ha partido un corazón que amaba. El rey, impulsado por perfidos consejeros que disimulan su odio con el nombre de razón de estado, ha hecho morir á la amada de su hijo. Loco éste de dolor y de rabia, jura arrodillado ante el cadáver de doña Inés de Castro que algún día la hará reina de todo el Portugal.—No había reinado viva, pero reinaría muerta.

Pasan los años. La herida aun mana sangre en el corazón del príncipe. Un amor inmortal vela una tumba. Llega el día en que el viejo rey Alfonso muere. Quizás en su hora suprema de agonía vió alzarse ante su lecho el fantasma de la víctima inmolada por orden suya.—Sube al trono el príncipe Pedro, aquel á quién como á su contemporáneo el de Castilla, muchos apellidan cruel. El odio anida en su alma. Durante largo tiempo sólo una aspiración le ha mantenido en el mundo de los vivos: la venganza. En vano imploran perdón los verdugos de su amada; hace arrancarles el corazón á uno por la espalda y al otro por el pecho y entrega sus cadáveres á las aves del cielo y á los peces del mar. Una parte del juramento está cumplida; mas falta aún dar el reinado á la mujer de sus amores. Hace sacar el esqueleto de ésta de su tumba, le pone ricas vestiduras, el cetro del poder entre sus manos, la corona real en la cabeza. La sienta en el trono y ante ella va desfilando, pavorida, la nobleza del Portugal. Los cortesanos besan la mano de la macabra reina, mientras el horror y el espanto crispan los nervios é invaden las almas. Sañudo y terrible, con la espada en la mano, contempla Pedro el pleito-homenaje de la muerte. Así cumplió el rey el juramento del príncipe. Así ocupó una muerta el trono que hoy ocupa una soberanía inmortal: La Libertad.

Haroldo.



DON AGUSTIN QUEROL



ODA A QUEROL

Señor, te acostaron
por fin en el polvo fatal;
tus manos cerraron
sobre el corazón
mortal,
para que oprimieran las alas audaces,
las alas violentas, las alas fugaces,
con la definitiva, la tétrica paz
brutal del jamás.

¡Oh dolor! oh dolor! obsesión
de dolor!

La piedra estatuaria te entró al corazón,
á tí que en la piedra estatuaria
metiste las águilas de la pasión,
las manos unidas para la plegaria
las rosas suspensas que se abren al son
de la inevitable canción del amor;
y la hiedra doliente, la hiedra
silenciosa, la hiedra nocturna
que en la doble corona decora
la sien de la viuda que llora,
ó que en gajos votivos la breve
mano huérfana deja en la urna
como golondrinas que han muerto en la nieve . . . .
¡Oh, progenitor
de la inmaterialidad de la materia,
pródigo constructor
de alas en los deformes hombros de la miseria
Catalán de angélicas manos,
he aquí que yaces
á la sombra inmortal del ciprés,
ceñido del sublime dolor de los humanos,
y tu carne está verde, y las haces
de tus nervios inmóviles, y es
tu nombre un lamento
infinito en la paz del viento!

Pero la Fama hace gritar el oro
del largo instrumento sonoro;
y en los cuatro horizontes proclama la victoria
de los dominadores de la escoria;
y al grito imperativo tiemblan los horizontes.
como al viento los árboles en la sien de los montes.

Mi alma se ha arrodillado en la mañana,
en el optimista umbral de la mañana,
y ha exaltado con súbita alegría
en la fortaleza joven del día;
en la luz, en el sol,
el heroico sonido de tu nombre español.

Pero con un dolor suave y perdido
como palabras dichas al oído,
cuando al atardecer digo tu nombre,
y en el apacible marfil de la tarde,
donde la fugitiva gloria del día arde,
como la alegría
de una esperanza en ojos que están en agonía,
surge el espectro pálido de un hombre.

Surge el espectro, y clara dentro una clara nube,
sobre la tierra verde de primavera sube.
Un silencio elocuente
más que un azul ejército de liras,
más que un largo coro de violines
en que su juventud dicen los cerafines;
un silencio imponente
como orillas del mar,
llenas de ardientes altas piras
donde una raza á sus padres quema,
quema á su causa y á su emblema,
y las cenizas arroja al mar
como una ofrenda sobre un altar!
Un silencio dominante y gigante
levanta la magestad del instante
coronando al espectro con la sutil virtud
de los soñadores y de los desiertos,
de las estrellas en la infinitud,
y de los muertos.
Y suave, suave, suavemente
con la lentitud con que se baja
á lo muy hondo un ataúd,
con una grave lentitud doliente,
he aquí
que detrás del espectro en las formas se cuaja
un orbe confuso de obras y ensueños:
¡Tu labor, tus sueños,
glorioso espectro detrás de tí!

¡Una tumultuosa ciudad de pirámides,
envueltas en un vuelo de túnicas y clámides;
una prodigiosa canción de cuerpo humano
vibrante de un soberano
sacudimiento de belleza;

un entrelazamiento de laureles
que prenden en flancos,
inmarcesiblemente blancos;
una primavera genial de la línea
resucitando á la naturaleza,
como votivo arte de millones de fieles
á la perenne y máxima divinidad apolínea!

Y en el tormento de formas y blancuras
miran los ojos
desvanecidos
de las cabezas que labraste
para dormir sobre despojos,
las prolongadas miradas puras,
largas miradas de vencidos,
en las cuales abandonaste
tu inconfesado diario dolor.
Y en la epopeya de formas domina
una mano sobre una espada,
una coraza abandonada,
el buen corcel de estampa fina
y la bandera levantada
que cierra el gesto del triunfador.

Y sobre todo,
hollando apenas el terrestre lodo
con la nobleza del símbolo imponente,
surgen las Ciencias y las Musas,
con el compás la Geometría;
la Danza lleva
la sandalia voluble á la luz del día;
á la Meditación preceden gravemente
los vigilantes ojos de inmóviles lechuzas;
la Historia oprime un punzón de marfil
movido al hálito de la hazaña nueva;
y siempre, siempre juvenil,
una alta figura en el verso encierra
la juventud de la Tierra.

Con blancos pies compañeros,
junto á las sabias doncellas van,
como palabras de una oración,
las Virtudes; y se olle en los senderos
donde los mutuos pasos acariciándose están,

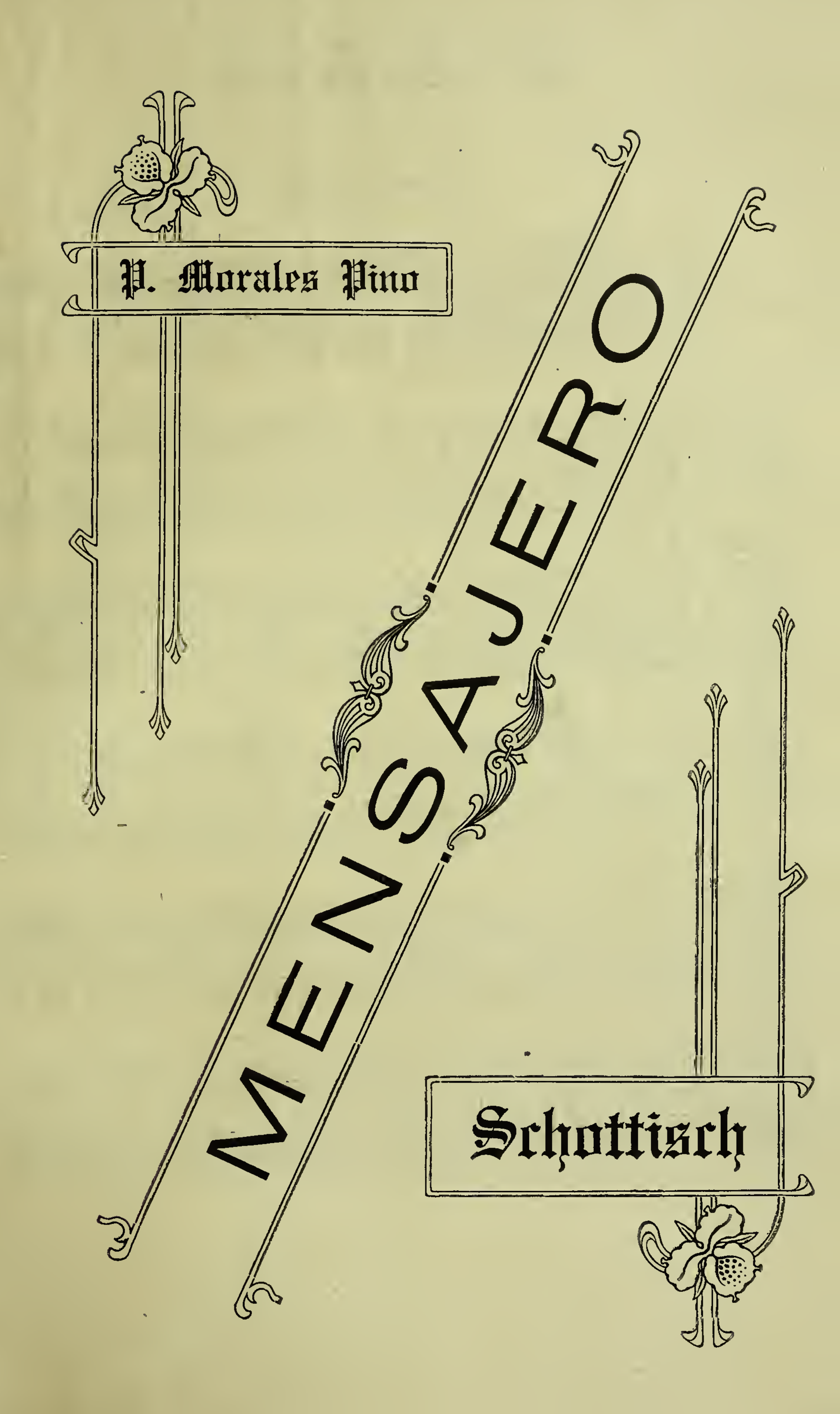
Y cada estatua es obra gloriosa,
grande, serena, maravillosa
como un árbol.

Enrique Banchs.

Buenos Aires, febrero de 1910.

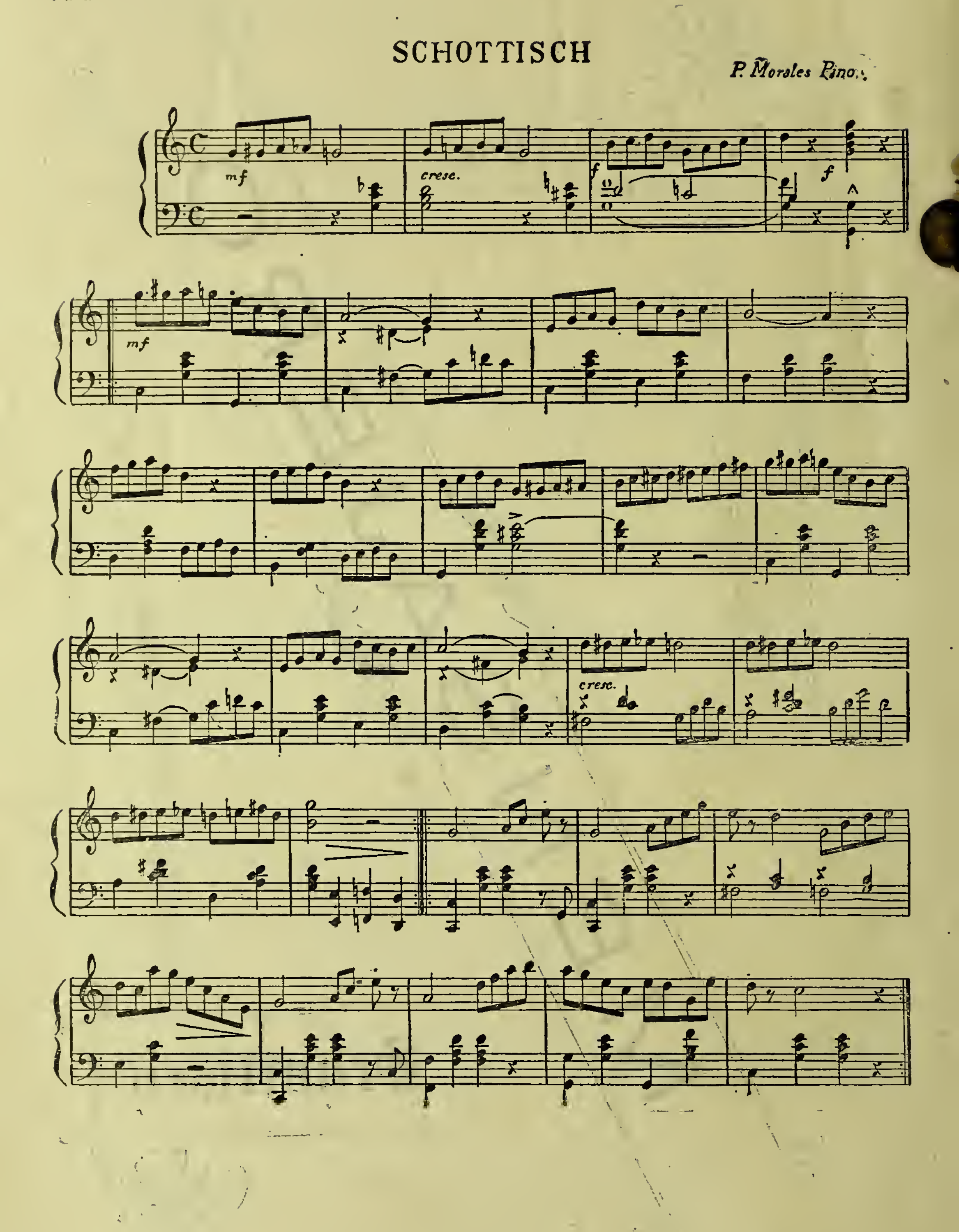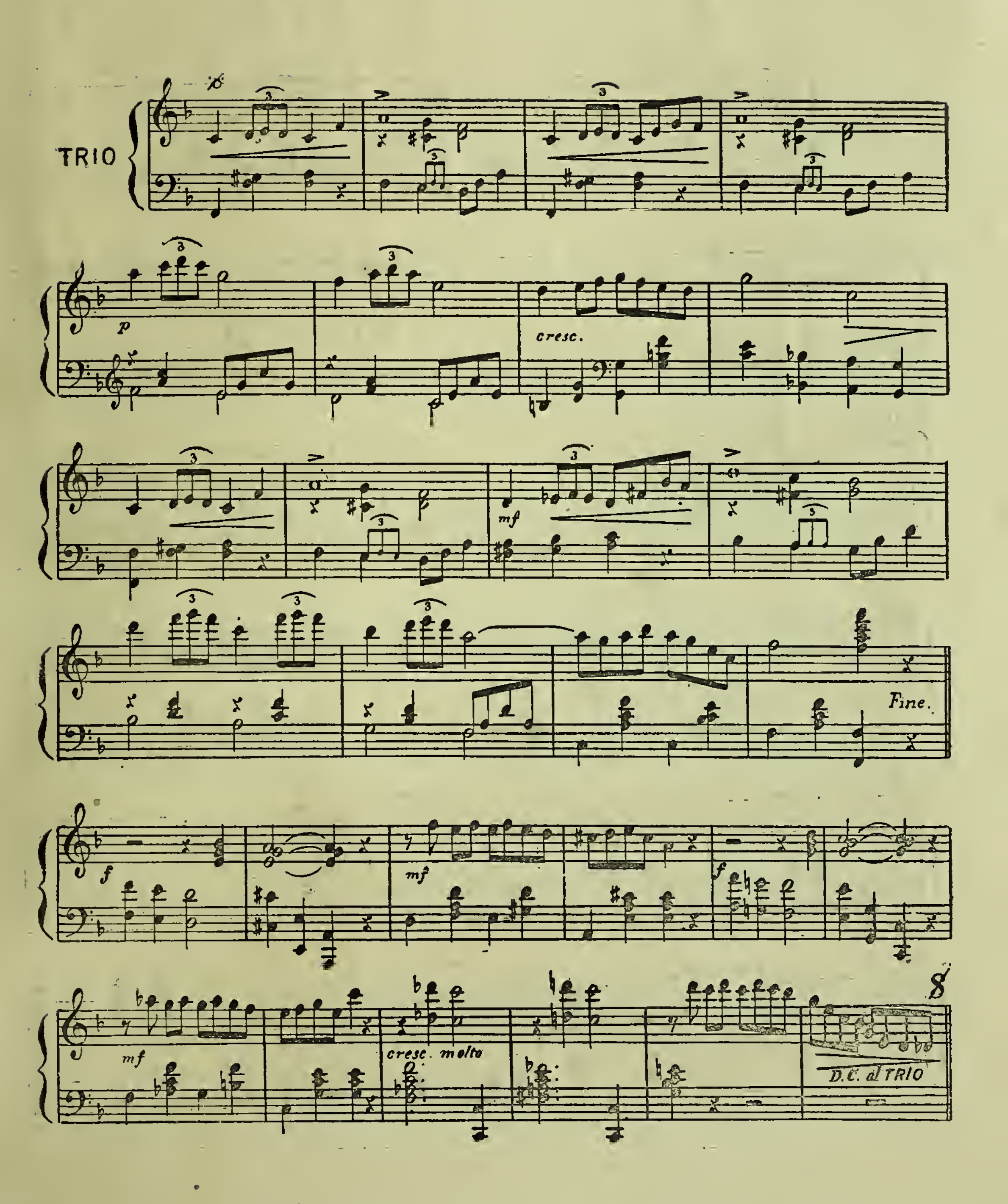


MARY ZIRION

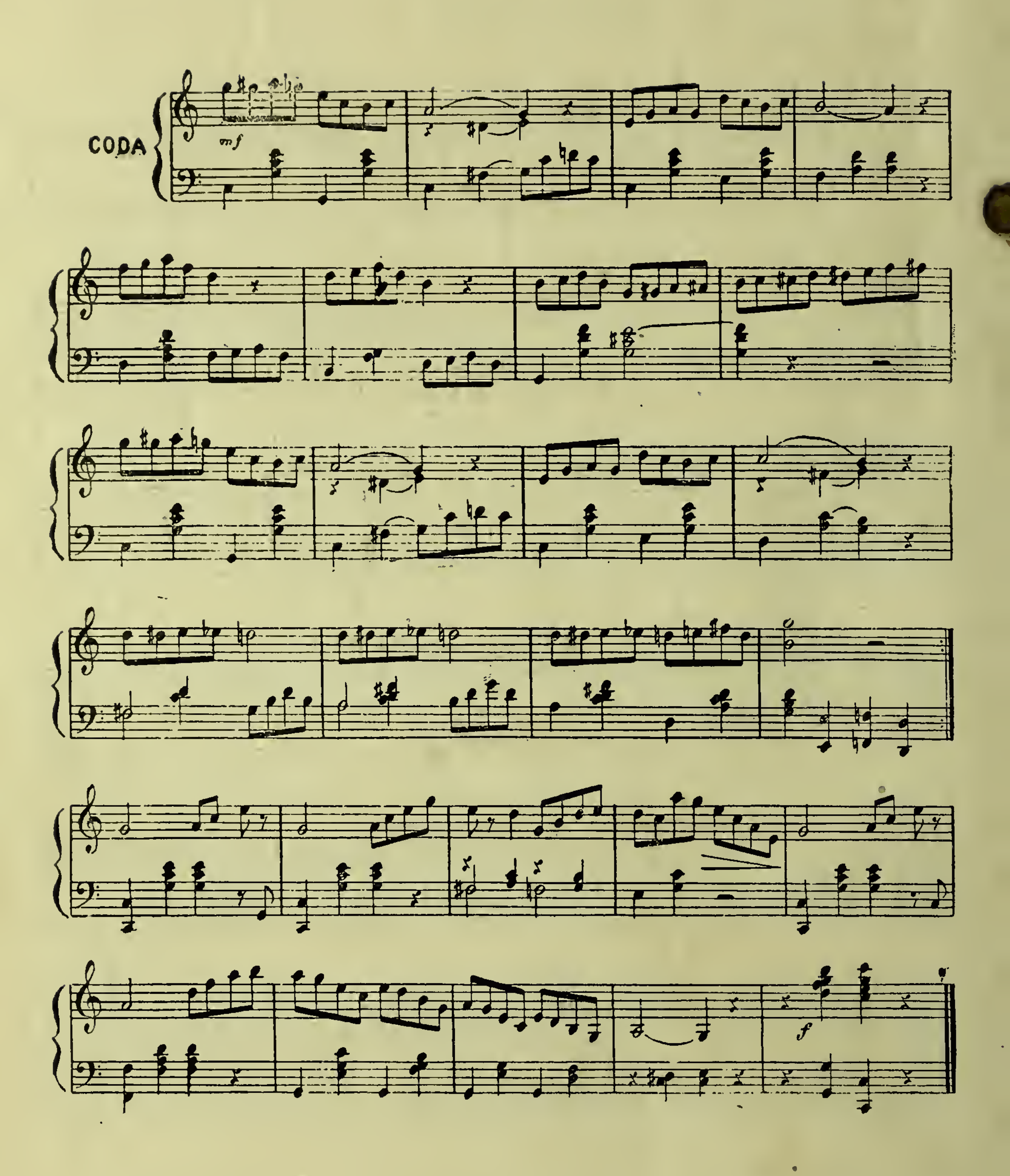

P. Morales Pino
MENSAJERO
Schottisch

MENSAJERO

Para "El Heraldo."




TRIO
p
cresc.
mf
Fine.
f
mf
f
mf
cresc. molto
D.C. al TRIO
8


CODA
mf
f

